


LA MORAL
DE SANCHO
PANZA











LA MORAL

DEL MAS FAMOSO ESCUDERO

SANCHO PANZA,

CON ARREGLO Á LA HISTORIA

QUE DEL MAS HIDALGO MANCHEGO

DON QUIXOTE DE LA MANCHA

ESCRIBIÓ

CIDE HAMETE BENENGELI.

CON LICENCIA:

EN MADRID EN LA IMPRENTA REAL

AÑO DE 1793.

CARTA
DEL AUTOR DE ESTA OBRA
Á TODO EL QUE LA LEYERE.

Señor Lector, y muy Señor mio: si tuve la venturosa aventura de encontrar en un Lugar de la Mancha la Moral del famoso Hidalgo Don Quixote, escrita por el Cura, no he tenido la misma suerte con la del famoso Escudero Sancho; no por falta de diligencias, porque no me ha quedado biblioteca, rincon, ni agujero que no haya registrado. Cansado ya de escudriñar, leer y averiguar, me ví en la precision de echar pecho al agua,

y meterme á moralizador. Sin detenerme fuí á poner mano á la obra: eso tiene el que se para poco en pensar la empresa con sus fuerzas. Hallé dificultades á montones; mas encaprichado en que me habia de salir con la mia, logré verle el fin. Ahora solo resta el que Vm. la conciba acabada, la juzgue excelente, y la aprecie útil; porque en mi entender no tiene una pizca de mérito para ello; y aunque conozca que á la verdad no sé lo que ha salido, si pato ó gallareta, no obstante visto que todo va en fortuna en este mundo, y que basta que una bien intencionada vieja diga *la Moral de Sancho es cosa grande*, me resuelvo darla á luz, sin

pararme en que otros lo hubieran desempeñado mejor que yo, y sin detenerme en qué dirán, porque siempre tengo la respuesta en la faldriquera, *¿por qué no lo hiciéron?* A la verdad para los Sabios no era necesaria tal Moral, porque estos conocen y traslucen el espíritu de la menor palabra de toda la obra; pero sí lo es para los no sabios. Estos no hacen mas que leer para reirse y divertirse, sin pararse en que en aquellas mismas graciosidades se encierran caudales de virtud. Cerciorado de esta verdad, habiendo visto que nadie se ha resuelto á escribir su Moral, para que sea útil á todos, tomé yo esta determinacion. Me animó á ello el

pensar que ningun estilo limado era aparente para el caso; y que el mio, sencillo y claro, era el que se requeria. A la verdad me persuado que en esto no padezco engaño; y que dicho por mí en los términos que Vm. verá, el mas topo podrá llenarse de las máxîmas que embeben todas las aventuras, tanto serias como ridículas, y tanto de Don Quixote como de Sancho. Ya me parece que oygo á Vm. reconviniéndome que no bastaba el estilo claro, sino que era necesario que yo comprehendiera á fondo todo el tesoro que en sí encierran; y que viendo que no poseia esta habilidad, hubiera sido mejor dexarlo. Respondo á esto, que tie-

ne Vm. muchísima razon; pero que no obstando esto, para que otro se dedique á hacerlo con las circunstancias que exîge, nunca he delinquido; y mucho ménos quando no digo cosa chica ni grande que no sea arreglada á la Religion y buenas costumbres. Crea Vm. que no me pesara que saliera otro moralizador, que me ganase en tercio y quinto; y si tal consiguiera me llenara de gozo, porque no sería poco lo que hubiese ganado. Las ciencias y facultades han ido tomando incremento por este medio. Escribiéron los primeros con las cortas nociones que poseian; sobre aquellas adelantáron otros, y asi han tomado el punto en que las

vemos. Lo mismo deberá suceder con la Moral de Don Quixote y Sancho. Yo la he escrito segun mis cortos alcances; y vendrá, Dios lo permita, quien me aventaje en infinito. Tengo ya la gloria de que he abierto el camino, y de que he puesto las primeras piedras para tan grande edificio. Dígame Vm. ¿es poca ventaja esta? ¿Me la podrá nadie disputar? Luego con que haya sido el primero que se ha atrevido á moralizar tan famosa Historia, merezco ya el nombre de inmortal: doy por concedido que he hecho poco; pero jamas llegaré á pensar que por esto he perdido nada, sino que he ganado mucho; luego merezco que Vm.

me disculpe, y que aun me chille, y pondere de mas mérito que el de Colon. Estas y otras razones que están de mi parte me animan á esperar encomios, no críticas mordaces; y tengo por cierto me ponen á cubierto de todos los insultos que me pueden sobrevenir.

Dígole á Vm. mas, que me hubiera extendido en muchos puntos; y que en otros no pocos hubiera dicho maravillas, tanto en la Moral de Don Quixote, como en la de Sancho; pero me he detenido y consolado con lo que Vm. leerá, porque así lo exîgen las circunstancias del tiempo presente; y otras razones que á Vm. no se le pueden

ocultar. Desde luego, á no detener mi pluma ciertos recelos de que no tendria efecto mi obra, hubiera merecido alguna mas aceptacion; pero es preciso distinguir de tiempos. Esto será otro motivo para que algunos me desuellen como higo tuno, pero no tienen razon; la habilidad del nadador es saber guardar la ropa. Bien sé que podia con industria entremeter disfrazado algun punto de los que gustarian mucho; pero ¿para qué, si mi fin no es otro que escribir para los que leen el Quixote solo para reirse, y no para internarse en sucesos políticos, que ya sucediéron, y no volverán jamas? Mi objeto no es otro sino que se ins-

truyan los que lo necesitan en la virtud; que se desengañen muchos de los Quixotes y Sanchos del dia, y que léjos de imitar á aquellos dementes y fuera de juicio, los imiten cuerdos y exemplares.

No faltará asimismo quien critique el haber copiado al pie de la letra muchos períodos de la Historia, diciendo que coge mas extension lo que he copiado que el original que he puesto de mi caudal; pero si advierte que por este medio consigo que sea mas sabrosa la lectura, que no puedo tener la sal de Cervantes, pues la confiesan todos inimitable, vivo persuadido de que me harán el honor de disimularlo tanto en

este como en muchos reparos. Suplico á Vm. tome el consejo del insigne Ingles Pope:

Aperfict jutge wil read each work of uvit:
With the same sprit that its autor writ:

„El Juez perfecto debe leer „cada obra de entendimiento con „el mismo espíritu con que la „escribió su Autor."

De la falta de este principio dimana que muchos despedacen el crédito de los Autores injusta y bárbaramente. Si leyeran con el espíritu que fuéron escritas, yo aseguro que bien raras veces padeceria el mérito de los que se han desvelado en beneficio de los demas.

Es forzoso que el que lea se desprenda de todo espíritu de vanidad, envidia &c., y que se resista á toda imparcialidad posible. Entónces puede juzgar lo que leyere. El objeto de leer qualquiera obra debe ser con el fin de extraer alguna utilidad. Será bien contada la que no franquee alguna. A veces halla uno nociones de que careceria donde ménos piensa: aun en las obras mas ridículas se suelen encontrar pensamientos sublimes. ¿Quién habia de decir que la obra de Don Quixote habia de desterrar el espíritu de caballería? Nadie ántes que su Autor habia pensado en reprehender por semejante estilo los abusos. Si se hubiese

despreciado; si no se hubieran trascendido las miras del Autor; en fin si no se hubiese leido con el espíritu que la dexó Cervantes, ya estaria tiempos hace sumergida en el caos de la obscuridad. Por esta razon encargo en quanto puedo, que se observe el consejo del Ingles famoso Poeta, pues vivo persuadido de que por este medio conseguiré el fin que me propuse en escribir mi Moral.

El interpretar tiene un no sé qué de peligroso: algunos mas linces que yo extenderán mas léjos los alcances, y quizá deducirán otras máxîmas morales mas sublimes y mejor explicadas; y no por esto perderá el mérito mi trabajo, como no lo perderia nin-

guno de los Autores facultativos, porque uno ú otro extienda mas su discurso. En quanto salió á luz el primer tomo de la Moral de Don Quixote dixéron algunos que no habia imitado á Cervantes. Es muy cierto, pero tampoco lo he imaginado, porque lo tengo por casi imposible. Mi blanco no ha sido otro que deducir la Moral que trasluciere mi caletre, sin cuidar ni soñar de imitaciones. Ahora pienso, si Dios me diere vida, escribir la Historia del mas famoso Sancho Panza, desde la gloriosa ó envidiable muerte de su amo Don Quixote de la Mancha, hasta la última hora de su vida y su entierro. Pondré de mi parte quan-

to sea posible, á fin de que tenga un tanto de aquellas bellas propiedades, que con tanta abundancia brillan en la que vengo de moralizar: si Vm. sin embargo no encuentra en ella nada de lo que le ofrezco, ni ménos advierte que he hecho tanto como sus imitadores *Gil Blas*, el *Bachiller de Salamanca*, las *Aventuras de Rodrigo Randon*, y otros, me contentaré con mis buenos deseos.

El sábio Pope y otros emprendiéron imitarlo, y tampoco pudiéron conseguirlo: ya Vm. ve la distancia que hay de mi talento al de aquellos. Vuelvo á decir que mi fin no es ser útil imitando, sino inspirando la vir-

tud. Como consiga esto ¿qué mayor fin puedo esperar?

Dirá Vm. que me pongo en salvo ántes y con tiempo: dígole á Vm. que sí; no porque se me da un claco de que me muerdan las sabandijas, que no suelen ni saben hacer otra cosa, sino para que vea le confieso lisa y llanamente, que si no hago mas es porque no puedo. Si con todo esto le disgustan mis desvelos, déxelos, que no faltará quien los acoja. Dicen los mercaderes que los tiempos dan estimacion, y hacen vender las mercaderías; y yo he experimentado lo mismo en los Libros: con que ya que no me consuele otra

esperanza, moriré gustoso esperando de uno de los tres destinos que le llegue su hora, como ha acontecido á otros de mucho mas mérito, y mas acreedores á una perpetua extincion.

Solo me resta concluir suplicando á Vm. se sirva leer la Moral de ámbos héroes; pues si me da este gusto, vivo seguro de que algo se le ha de pegar de bueno mas que no quiera: no exîjo otra recompensa, mientras quedo rogando al Señor guarde su vida muchos años.

B. L. M. de V.

su Capellan sin órdenes

El Autor.

LA MORAL

DEL FAMOSO SANCHO PANZA,

ESCUDERO DE DON QUIXOTE.

Emprendió Don Quixote la primer salida sin mas compañero que á su Rocinante. La buena obra que le hizo el Labrador de llevarlo á su casa á manera de costal; el desquadernamiento de costillas que le tuvo tantos dias tendido en la cama; y por otra parte el haber leido de los Caballeros Andantes que gastaban Escuderos, con las demas particularidades que se leen del Ventero, le obligáron á solicitar uno segun y conforme él lo podia hallar; pues, como refiere

el Historiador Cide Hamete Benengeli, buscó un Labrador vecino suyo de muy poca sal en la mollera. Desde luego no tendria tanta quando se dexó seducir de las promesas de Don Quixote, y lo que es mas de sus ideas conocidas por erradas por el que ménos discurriese. Sea como se fuere, Sancho entró por los pactos y condiciones del Caballero Andante; y á un dos por tres, sin pensarlo, se vió revestido de la relevante preeminencia de Escudero de un Hidalgo tan famoso como lo decanta la Historia. Tal y tanta fué la multitud de persuasiones del Hidalgo Manchego, que desde luego ni le contienen las obligaciones, ni le estorba el dolor de dexar á su esposa y familia atenida al trabajo de sus manos.

Es extraño en un Labrador, que

jamas se habria separado de su familia un dia, ni tal vez para segar, verle abandonar á su muger é hijos: de grado, ó por fuerza condescenderian á ello, por mas que viesen que pendia del sudor de su frente el buscar el alimento para subsistir en la ausencia de Sancho; pero como ya acostumbrados al trabajo no les sería tan sensible, y mucho ménos quando se miraban llenos de esperanzas de las imaginarias promesas de Don Quixote. Siempre es digna de la mayor consideracion la determinacion de Sancho.

¡Ha, qué de Sanchos no se ven en el mundo! Desde que las Américas comenzáron á ofrecer utilidades, es sin número la multitud de gentes, que sin mas auxîlios que las esperanzas, han dexado pereciendo á sus familias, obligando á las madres, no á trabajar en el

campo, como la muger de Sancho, sino ocupándose en otros objetos poco dignos de referirse aquí. ¿Quántos que tal qual pasaban esta vida con alguna comodidad, aunque no sin trabajos, que alimentaban con sus desvelos á sus mugeres é hijos, por un efecto de la codicia de mejorar han dexado á sus consortes sin mas oficio ni beneficio que la providencia del cielo? ¿Quién podrá alabar jamas tan descabellada conducta? ¿En qué piensan los que tal hacen? Si con el trabajo se adquiere el sustento seguro de cada dia; si diariamente entra la Providencia por medio de la aplicacion, y con ella se han pasado los dias y los años, ¿por qué se ha de arrojar la hazada, el telar &c. atenidos á la contingencia, y lo que es mas doloroso, abismando la familia en una obscura

mendicidad, y á otras cosas que es mejor callar? En los tiempos pasados se podia, como dicen, jugar un albur, porque regularmente se buscaba en corto tiempo alguna fortuna; mas en el dia no se ve mas que gentes perdidas, matrimonios separados, mugeres ni casadas, ni viudas, ni doncellas, y la perdicion de los hijos, por que si no hay que comer ¿cómo puede haber para enviarles al estudio, para ponerlos en carrera? Desdichados Sanchos; no salen con ánimo de servir, como aquel, de Escuderos, sino con la vaga idea de buscar pesos fuertes; y luego se ven allá precisados para comer á aplicarse á otros oficios mucho mas baxos, pesados y denigrativos que el que ántes les servia de cargo, con que mantenian con honradez sus obligaciones. Si

los ménos cuerdos pasaran la consideracion en las resultas que diariamente vemos sobrevenir; si se impusiesen en lo que pasa allá; si se informasen de los hombres de bien que han visitado aquellas regiones, ninguno fuera tan temerario que siguiese tal carrera. El que nació pobre, precisado á ganar un jornal, ruegue al Señor que no le falte salud para ocurrir á las urgencias de su casa y familia; vea que tal vez su muger no puede ganarse el sustento como la de Sancho; deduzca de ahí las indefectibles conseqüencias, y no se resuelva á una determinacion de positivo desgraciada, mayormente en los presentes dias. Los bienes ó nos vienen de nuestros mayores, ó nos los envia el cielo: pues ocurra allá el afligido, y luego conténtese con la suerte que Dios le

envia, con el pan que la Providencia y su sudor le deparen. Antes de emprender un viage de aquella naturaleza es forzoso pensarlo mucho, y sobre todo no debe embestirse sin dexar asegurado el sustento de su familia. El que tal hace no cumple con Dios, ni ménos con los deberes de la sociedad. El que va con destino por tiempo determinado, y que dexa alguna asignacion, bien puede arrestarse á probar fortuna; pero sin mas que unas esperanzas imaginarias, es delito. Las Insulas con que Sancho recordaba las ofertas á Don Quixote, son primas hermanas de las que van á buscar los que sin razon ni juicio pasan á las Indias á buscar fortuna. Solo Sancho sin seso hubiera asentido á ello; y son tales, ó peores, los que quieren imitarle.

Salida de Sancho.

Despues que se hubo convenido Don Quixote en que Sancho llevase su asno, resolviéron salir de noche, sin despedirse aquel de su familia, ni Sancho de su mnger é hijos; y dice el Autor que se efectuó así para que nadie los viese, ni ménos los encontrase si saliesen en su solicitud.

Ya por este camino lleva indicios tan deshorada salida de no ser muy fundada ni racional. Los que no temen ni deben no se detienen en hacer sus cosas delante todo un pueblo, sino de todo un mundo. Todo el que obra con prudencia, y cosas que en sí no tienen rastro de malas, no busca tapadijos, ni ménos se vale de la obscuridad de la noche; mas el que se oculta

en lo que va á hacer, no lleva buena intencion, ni la cosa es de un todo arreglada. No lo era la salida de Sancho, por lo mismo que nunca lo fué la de Don Quixote: por esta razon eligen las tinieblas; no se despiden ni de sus familias. No obstante dice que iba Sancho Panza sobre su jumento como un Patriarca, con alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya Gobernador de la Insula que le habia su amo prometido. Ya se ve, no es lo mismo andar montado sobre su jumento, que estar todo el dia agarrado á la hazada, al arado &c. Este fué uno de los alicientes que en mucha parte moviéron á Sancho. Como no sea trabajar ni doblar el espinazo, todo es ménos, y mas si hay alforjas proveidas, y bota no vacía. Desde luego el Gobierno que él ya espe-

raba le serviria tambien de consuelo; pero pienso que no sería este el punto de su mayor atencion. Con estas esperanzas, aunque vanas, ya en el caletre de Sancho pasaria los dias, y como el otro, llene yo el panzo, y lo demas vaya á la cuenta. El fin es comer y beber sin la precision de levantarse uno al amanecer, caminar á veces mas de una legua, y luego echar mano al trabajo, los mas de los dias con un pobre gazpacho. ¿Quánto mejor me está correr aventuras con descanso, ya que me lo ofrece el jumento, asaltar con freqüencia las alforjas, pues para eso lleva dinero el amo, y en lo que diga aventuras allá se las avenga? Todas estas reflexîones se haria mi Sancho quando al mirar empleado á Don Quixote con los Molinos de viento diria, allá me las

den todas, ya le he avisado que no eran tales gigantes; y despues, ya cerca del Puerto Lapice, habiéndole avisado que no le diese favor ni ayuda, si no que se viese acometido de gente vil y baxa, diria *encargo muy sabroso* el socarron de Sancho. Pero no le supo tambien la apaleadura que de los mozos de los Bernardos cogió en sus espaldas, por meterse á coger presa que no le tañia. Salió Sancho de esta refriega como se dexa comprehender, y luego todo fuéron tortas y pan bendito, hasta la inaudita aventura de los Yangüeses; y si bien no fué culpa de Sancho, sino de Rocinante, que quiso refocilarse con las yeguas de los arrieros, cosa que no se esperaba de su bondad y poca resistencia, no obstante se vió arrollado con su amo, jumento y rocin; de tal

manera que hallándose tendido á la larga junto á su Señor, con voz enferma y lastimosa dixo: Sr. Don Quixote, ha Sr. Don Quixote. ¿Qué quieres, Sancho hermano? respondió Don Quixote con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho. Querria, si fuese posible, que Vm. me diese dos tragos del feoblas, si es que lo tiene Vm. á la mano, quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las feridas. Si mala fué esta aventura para Sancho, no lo fué ménos la de la Venta, pues entre Marifornes, el Ventero y Arriero, á la sombra de un candil apagado le diéron tantos garrotazos, que si bien mullido le dexáron los Yangüeses, nada ménos se portáron aquellos; y si no dígalo la respuesta que dió á Don Quixote; no parece sino que todos

los diablos han andado conmigo esta noche: mas de quatrocientos Moros me han aporreado de manera que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado. No paró en esto el desgraciado fin de esta aventura de Sancho, sino que tres pelayres de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba, y dos vecinos de la Hería de Sevilla, le diéron el mas fuerte manteado. Ya con esto parece que habia escarmentado Sancho; mas no duró tanto el escarmiento, quando se le ofreció á Don Quixote la aventura de los dos Exércitos combatientes, que al fin fuéron carneros, y á la postre los pastores que los llevaban descalabráron al Caballero Andante, bien que estaba de espectador Sancho, el que dixo á Don Quixote: lo que yo saco en limpio es que estas aventuras que anda-

mos buscando al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos quál es nuestro pie derecho; y lo que será mejor y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro Lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dexándonos de andar de ceca en meca, y de zoca en colorada, como dicen. Ya desde el cerro en que estaba mirando la batalla Sancho, arrancándose los cabellos, maldecia la hora y punto en que habia conocido á Don Quixote, y poco despues volvió á maldecirse de nuevo, y propuso en su corazon el dexar á su amo, y volverse á su tierra, aunque perdiese las esperanzas de cobrar el salario de lo servido, y el Gobierno de la prometida Insula. Con todo no se resolvió Sancho á dexar á su amo;

ni ménos pudo obligarle á él el pavor que tuvo á la vista de las nocturnas luces del entierro, quizá por haberse luego hecho dueño de la acémila llena de prevencion, ni tampoco la jamas vista aventura de los Batanes, en la que padeció tanto su espíritu, como se dexa ver por el siguiente paso, que punto por punto refiere el Historiador, y yo repito aquí para deducir luego, como de todo lo dicho, la competente Moral.

Fué el caso, que parece que el Bachiller derribado, que traia la acémila de comida, no llevaba la bota, que siempre suele ir bien prevenida para estos lances. Comiéron, mas no bebiéron, de donde le vino una sed algo mas que ordinaria: apretábale esta á Sancho, y dixo: no es posible, Señor mio, sino que estas yerbas dan tes-

timonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo, que este verde prado humedece; y así será bueno que vayamos un poco mas adelante, que ya toparemos donde mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mas pena que la hambre. Parecióle bien á Don Quixote, y siguiéron adelante. Estaba muy obscura la noche de modo que caminaban á tiento; mas no hubiéron andado doscientos pasos, quando llegó á sus oidos tan gran ruido de agua, como que de algunos grandes riscos se despeñaba: oyéron poco despues un ruidoso estruendo, que les aguó el contento, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo. Digo que oyéron que daban unos golpes á compas con un cierto cruxido de hierros y cade-

nas, que acompañado del furioso estruendo del agua pusieran pavor á qualesquiera otro corazon que no fuera el de Don Quixote. Esto con el ruido de los árboles sacudidos del viento, junto con lo obscuro y tenebroso de la noche, causaba horror y espanto, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Entre otras cosas le dixo Don Quixote á Sancho: bien notas, Escudero fiel y legal, las tinieblas de esta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo de estos árboles, y el temeroso ruido de aquella agua; todo lo qual es capaz de infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte. A esto añadió otras razones que se pueden leer en la Historia, con las que amilanó tanto á Sancho, que diera por bien empleado el no haber na-

cido para no verse en tan fatal conflicto: rogábale con mil ansias que no se separase de él, como quiso Don Quixote; y por último añadió: quando todo eso no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar, y creer que apénas se habrá Vm. apartado de aquí, quando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra, y dexé hijos y muger por venir á servir á Vm.; pero como la codicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas. Por un solo Dios, Señor mio, que no se me haga tal desaguisado. Redoblaba mas la afliccion y el pavor de Sancho el ver que su amo estaba temerario en dexarlo; y esto le obligó á valerse de la estratagema de amarrarle ámbos pies á Rocinante. Por mas que espoleaba al pobre animal, se es-

taba quieto, y se desesperaba Don Quixote: por fin se convino este en que Sancho le contase un cuento. En esto, dice el Autor, que parece ser que ó el frio de la mañana, ó fuese que habia cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural á él, le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse el negro de una uña de su amo: pues pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era posible; y así lo que hizo por bien de paz fué soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero, con la qual bonitamente, y sin rumor alguno, se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian, sin ayuda de otra alguna, y en quitándosele diéron luego abaxo, y se

le quedáron como grillos; tras esta alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al ayre entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto le sobrevino otra angustia mayor, que fué que le pareció que no podia mudarse sin estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes, y encoger los hombros, recogiendo el aliento quanto podia; pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, que al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponia tanto miedo; oyólo Don Quixote, y dixo: ¿qué rumor es este, Sancho? No sé, Señor, respondió, alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco. Tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tambien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasa-

do, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le daba: mas como Don Quixote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subian los vapores hácia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices; y apénas hubiéron llegado, quando fué al socorro de las narices, apretándolas entre los dedos; y con tono algo gangoso dixo: paréceme, Sancho, que tienes miedo: sí tengo, respondió Sancho; ¿mas en qué lo echa de ver Vm. ahora mas que nunca? En que ahora mas que nunca hueles, y no á ambar, respondió Don Quixote. Bien podrá ser, dixo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino Vm. que me trae á deshoras, y por estos no acostumbrados pasos. Retí-

rate, retírate tres ó quatro allá, amigo, dixo Don Quixote, y todo esto sin quitarse los dedos de las narices; y de aquí en adelante ten mas cuenta con tu cuerpo, y con lo que debes á mi persona, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa Vm. que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es menearlo, amigo Sancho, respondió Don Quixote. En fin vino la aurora, y saliéron del sobresalto al mirar que eran seis Batanes.

¿Quién pensara, quien creyera que este golpe no habia de ser bastante para que volviese Sancho á su hazada y arado? Pues no por cierto, aconteciale lo que á los navegantes. Quando se ven en algun aprieto, los mas hacen firme pro-

pósito de no volver á embarcarse; pero en quanto se llegó á tierra, ya se olvidáron los contratiempos. A Sancho con mas motivo se le pasaban de la memoria los sustos y sobresaltos, porque siempre le parecian mejor que el continuo afan de cavar y arar. Esta, y no otra, es la causa de que tantos tomen la carrera de Escuderos, y por esto abunda tanto este gremio.

Es un dolor ver á tantos mozos robustos y rollizos empleados en servir, en notable perjuicio de la Agricultura y Artes. Los mas de los que sirven en las casas grandes y medianas hacen falta á la labor de los campos; y los mas abandonan el arado con esperanzas del mismo tamaño que las de Sancho. Pasan sirviendo lo mas florido de su edad; se llenan de vicios, pues no ofrece otra cosa la

vida holgazana que llevan; y luego viejos se ven pidiendo limosna, y el Estado con estos brazos ménos, y con estas sabandijas mas. Luego ¿por qué no deberia establecerse una ley por la que se prohibiese que no se pudiese en casa alguna recibir sirviente que no llegase á los quarenta años? De este modo los enemigos de doblar el lomo no tendrian otro arbitrio que servir al Rey, y resultaria ménos escasez de tropas; y no que como 30∂ hombres están empleados con inutilidad irremediable. ¡Ah, quanto mas luciria la campaña! Hay paises en que no se ven mas que pobres ancianos empleados en labrar los campos, porque los jóvenes salen para servir; pero no al Rey, no á la patria: ¡Daráse mayor desdicha! ¿Qué conseqüencias esperan estos Sanchos sino las de Panza, que

al fin se vió precisado á volver á sus pasteles? Qué, porque se vea que de mil sale colocado uno, ¿todos han de esperar su suerte? Quando no miraran sino que la vejez es desdichada é infeliz, les habia de bastar para caer de tan perjudicial error.

El Rey, ademas de premiar con honores á los que le sirven bien, les proporciona tambien una subsistencia regular para vivir el último tercio de vida, y ademas los cura en sus enfermedades, y por último hasta en su muerte los distingue con honores proporcionados á la graduacion que por sus servicios hayan adquirido. El que le parezca una vida laboriosa la del labrador, la del artesano, preferir debe, si usa de su razon, la carrera de las armas á la del Escudero; pero es de advertir, que en todos

estados sufre el hombre contratiempos, en toda carrera es forzoso trabajar. No se exîmen los criados de los efectos de la miseria humana. No comen jamas quando quieren, ni duermen quando tienen gana, ni pueden jamas disfrutar la tranquilidad del labrador, del artesano. Estos tienen dias de fiesta, y aquellos no. Estos saben que desde que el sol nace hasta que se pone han de estar trabajando, y que la noche la duermen tranquila; mas aquellos no tienen hora alguna de seguro sosiego ni de dia ni de noche. En fin, solo el que carece de toda consideracion prefiere el arte escuderil al del labrador, al del artesano, al del soldado.

No podia acomodarse Sancho con aquello del yelmo de Mambrino, la bacía; pero sí le acomodó la soltura que dió Don Quixote á

aquellos galeotes, los mismos que luego les pagáron el beneficio con guijarros que habian recibido, y con haberle quitado á Sancho el jumento en justo castigo del atrevimiento. Dexemos aparte el miedo que le acobardaba, el mismo que le obligó á que pidiese á su amo se internasen en Sierra Morena, por escaparse de las garras de la Santa Hermandad; y asimismo los ruegos con que suplicaba á Don Quixote dexase las penitencias que habia determinado hacer por su amada Dulcinea; la carta que llevó en el libro de memoria para la sin par del Toboso; el haberla perdido, y luego forjado otra á instancias del Cura y del Barbero. De todo esto será muy poca ó ninguna la Moral que podemos deducir; solo es digno de recordar aquí la obediencia ciega de Sancho quan-

do su amo le impuso precepto de que no hablase sino preguntado; porque á la verdad, es un mandamiento nada fácil de observar, y muy gravoso para Sancho, que era por naturaleza hablatin, por lo que se dexa ver en su Historia.

Por cierto que una de las grandes circunstancias de todo Escudero es el ser silencioso, y la peor falta es el ser hablador. Pero si bien se observa, Sancho era de los que hablaban con algun tino, y sus refranes no dexaban de venir por el camino real algunas veces. Veia las sandeces de su amo, y mirábase con deseos de iluminarle; y por esto hablaba algo mas de lo que debia; pero con un fin muy apreciable. Están obligados los Escuderos á advertir á sus amos quando los miran errados; y desde luego Sancho es digno de imitarse,

porque era prudente, y procuraba persuadir á su amo de modo que no se pudiese ofender, como deben hacer todos los sirvientes.

Ello es verdad que las verdades amargan, y que no gustan los amos que sus criados intenten corregirlos, aunque sea por el estilo que se fuere, como le aconteció á Sancho con Don Quixote; pero deben hacerlo como Christianos; y mucho mas si puede redundar notable daño de sus amos. Será siempre una prueba constante de amor y fidelidad; y de parte de los amos estará el recompensarlo por mas que sientan el aviso; pues ninguno será tan falto de razon que no conozca luego la buena intencion.

Una vez pensó Sancho reirse de Don Quixote, y fué quando visto por este que eran seis Batanes,

enmudeció, y se entristeció, pasmándose de arriba abaxo. Viéndole Sancho que tenia la cabeza inclinada hácia el pecho, con muestras de estar corrido, dice el Historiador que tenia hinchada la boca, como para reventar de risa; que lo observó Don Quixote, y asimismo las demas señales, por donde conoció que hacia burla de él; por lo que alzó el lanzon, y le asentó dos palos, tales, que si como los recibió en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario. Tambien en esta risa tuvo alguna disculpa Sancho, pues qual otro Heráclito se reia de las miserias y locuras de su amo Don Quixote: no obstante como una accion de esta naturaleza arguye poco respeto, no es fácil de hacer sin experimentar el castigo como Sancho. Muchas veces dan los

amos ocasiones para que sus criados se rian de ellos sin poderlo remediar; y no siempre son todos cuerdos y contenidos, ni ménos es fácil poderse sujetar, por mas que se aprieten las quixadas como Sancho.

No pudo jamas Sancho entrar en que fuese yelmo la bacía; ni le bastó el respeto que le tenia á Don Quixote. Por cierto que tenia el bueno de Sancho partidas que merecen toda la alabanza. Estaba muy distante de entrar por las puertas de la adulacion para cautivar el corazon de su Señor; cosa poco vista en el dia, pues serán pocos los que como Sancho piensen. Hay sugetos de los que sirven, ó que están á los alrededores de los Señores, que si á media noche dice su amo que es de dia, nada se detienen en responder que es

cierto quanto dice; y quanto creen que imaginan los amos, tanto aprueban ciegamente, por mas que vean que es lo mas descabellado del mundo: lo peor y mas doloroso es, que aun quando desean los Señores que los sirvientes les digan en verdad lo que sienten, son raros los que lo pueden lograr; temen disgustar, y por ahí perder la conveniencia que esperan; y de esto nace el que ningun amo puede fiarse del dictámen de sus domésticos. Bien conocia Don Quixote el hombre que tenia en Sancho; y por tanto no se detuvo en donarle con los tres pollinos, mas que fuese con el motivo de la diligencia que le encargó de que fuese á noticiar á Dulcinea de la penitencia que estaba haciendo en medio de Sierra Morena. Disimulaba Sancho muchas cosas; pasaba por

otras, como por condescendencia; mas no por esto dexaba de avisar con modo á su amo de las locuras. Esta es otra gracia de Sancho digna de todo premio; despues que veia que era excusado el insistir en persuadirle, para que saliese del engaño, le dexa en su obstinacion diciendo tal vez: yo ya cumplí en lo que me toca como buen Escudero y mejor Christiano, ahora da de cabezadas, castigate hasta llenar tu locura. Esto mismo debian de hacer los sirvientes todos quando ven descarriados á sus amos, insinuarles con arte las locuras, los tuertos que van á hacer, avisarles con maña del engaño en que estuvieren; y si hecha esta diligencia con todo querian ser tenaces, dexarles en sus tres. Tambien el Cura admiraba la sencillez de Sancho, mayormente quando despues que

vïó que habia perdido la carta de su amo, dixo que él la tenia en la memoria, y la notó, conforme se puede ver en la Historia; pero si reviviese no hallaria en el dia otro Sancho como aquel. No le faltaban sacaliñas, de las quales se valia muy á tiempo en los casos urgentes; pero, como dixe, pasaba por todo quanto no consideraba urgente, quando preveia que no podian tener resultas los disparates de Don Quixote, ni los ardides del Cura, dirigidos á convencer á este.

Alguna que otra vez se le disparaban los muelles de su cordura y sencillez, y partiendo á ciegas como toro de Xarama, decia tales cosas, que no parecia sino que tambien estaba demente como su amo: dixo Don Quixote que no queria casarse con la Princesa

Micomicona, hija del Rey Micomicon; y á esto lleno de cólera le salió al encuentro Sancho con estas razones: Voto á mí, y juro á mí que no tiene Vm., Señor Don Quixote, cabal juicio; ¿pues cómo es posible que pone Vm. en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante aventura como la que ahora se le ofrece? ¿Es por dicha mas hermosa mi Señora Dulcinea? No por cierto, ni aun con la mitad; y aun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está presente. Así, noramala, alcanzaré yo el Condado que espero, si Vm. se anda á pedir cotufas en el golfo: cásese, cásese luego, encomiéndole yo á Satanas, y tómese ese Reyno que se le viene á las manos de vobis vobis, y en siendo Rey

hágame Marques ó Adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo. ¿Pudo darse tal disparatar? No en balde Don Quixote le descargó por dos veces el lanzon en las espaldas, y gracias á Dorotea.

Este desbocarse de Sancho pudo provenir de dos causas muy comunes y generales á todos los hombres. La primera por alteracion del humor melancólico, pues quando este está alborotado no es menester mucha causa para que los Escuderos respondan con altaneria á sus amos: circunstancia que es necesario atender; esto es, que los amos y señores deben sí bien castigar, mas no deshacerse de un buen criado, como sucede con freqüencia, que despues de haber servido bien seis ó diez años se le ha de arrojar por un impulso de la mala constitucion de los humores,

ó de las variaciones y novedades que padece el ánimo en muchas ocasiones. La segunda causa podia ser porque, como dicen, el que espera desespera, y como Sancho esperaba la Insula, creyendo que por medio del casamiento se le venia á la mano, al ver que no se casaba con ella perdió todas las esperanzas, y no fué milagro el que se incomodase, y vertiese aquel cúmulo de producciones, faltando al respeto tan debido á su amo. He conocido á algunos otros Sanchos que han prorrumpido en iguales ó peores desatinos contra sus Señores, empeñados en que deben de obligacion estos premiar los servicios que han satisfecho, aunque sean de corto tiempo, como si fuese de constitucion. Desde luego los que han servido bien con una conducta irreprehensible á algun gran

Señor, son acreedores á que los atiendan; pues en todos tiempos ha sido esto una señal positiva de nobleza de ánimo. No deben, como Don Quixote, ofrecer jamas Insulas ni Condados á los Escuderos, porque entónces ya se obligan á ello, y dan lugar, no mejorándolos, á que se electricen como Sancho, y prorrumpan con voces llenas de poco respeto y veneracion. Ya por tercera vez descarga Don Quixote en las costillas de Sancho su lanzon por atrevido y algo insolente; esto fué en aquellos tiempos, mas en el dia no sufre criado alguno como Sancho; y esto depende del poco amor que tienen, y llegan á cobrar á sus amos: los domésticos por maravilla sufren una mala razon; aun dando motivo no se les puede reprehender, y así no se ven Escuderos como en los tiempos pa-

sados. Para volver Sancho á replicar á las razones que le decia Don Quixote, se amparó del palafren de la Señora Dorotea: luego dió la disculpa de haber sido efecto del primer movimiento, y por último fué á besar la mano á su amo pidiéndole perdon. ¿Se ve esta humildad en estos dias? No por cierto, mas soberbia, mas altanería se descubre en los sirvientes que en los mismos amos. No se detienen mucho en decir que son mejores que ellos, y en especial estos que salen de su pais cargados con una Executoria como un libro de coro, para servir de galopines en las cocinas. No diré nada de los Italianos, pues al entrar á servir á algun Señor, parèce que hasta por los poros respiran humildad, y luego amanecen mas soberbios que el mismo Lucifer: malos son los

primeros para sirvientes, pero son estos mil veces peores.

Pocos fuéron los embustes que arrojó por aquella boca Sancho en los sabrosos razonamientos que pasáron entre Don Quixote y su Escudero: segun cuenta el Historiador se separó Don Quixote con Sancho de la demas comitiva para interrogarle sobre su viage á llevar la carta á su amada sin par Dulcinea del Toboso. A cada pregunta del amo contestaba Sancho con doscientos embustes; pero con tal arte y maña, que si bien en parte se explicaba no como hubiera querido Don Quixote, pues no le eran sabrosas aquellas razones de haberla encontrado cargada con dos costales de trigo para echarlos en el corral, ya cerniendo, ya con otras faenas muy impropias en las Princesas, en parte creia dar-

le positivas señales de lo que no habia habido ni acontecido; pues bien sabia el socarron que este era el único medio que podia favorecerle para que tuviera visos de verdad la mentira, persuadido de que contando grandezas negadas en el Toboso, podria caer el Caballero de la Triste Figura en la maraña. ¿Quántos siguen la conducta de Sancho en engañar á sus Señores, pero con maña, ardid y doblez, valiéndose aun de peores recursos y de mas finas estratagemas que las de Sancho para conseguir sus fines, para no perder la gracia de sus amos? Ni cosa mas comun puede darse en el mundo: la mentira, la lisonja, la adulacion son las áncoras con que afirman los navios de sus deseos y las esquadras de sus ideas; y si los Señores se dexan ir como Don

Quixote, y aplican las falsedades á engaños de hechiceros y mágicos, tanto mejor usan de sus ardides. Si esto aconteció con Sancho, un Escudero de los mas sencillos, de los mas bobos, de los mas estólidos, ¿qué no se ha de esperar de los avisados, de los agudos, de los traviesos? No deben los amos dexarse llevar tan á tontas y á locas como Don Quixote: hay este medio en el mundo de decir mentiras aparentando verdades, pero con tanta picardía y segunda intencion, que no es posible ponderarlo. Quando se echan de ver los amos que han caido en mil lazos, mil redes, es quando ya no hay remedio; por tanto todo Señor de Escudero ó Escuderos debe vigilar, mascar lo que les oyen, y siempre alerta, porque pocas veces sale de su boca la verdad, no dexán-

dose llevar de que los brinden el gusto, ni que les soplen dulcemente los oidos, y no se verán jamas sorprehendidos ni engañados. No quiso el bueno de Alonso tocar en su última enfermedad este ni otros puntos para no desacreditar á Sancho; debemos inferirlo así por el silencio que se observa tanto en la pluma del Historiador, como en la Moral del Cura. Ya veia que no habia remedio, y por tanto consideró excusado tocar sobre semejante punto, agradecido á los demas buenos servicios que de él recibió.

No sé como al ver Sancho á su amo enjaulado no cayó en la cuenta, y aun se mantuvo en la creencia de que eran por encantamiento las cosas que veia, tocaba y palpaba. Esta es sin duda la prueba mas constante de su sencillez. No obstante, parece que á pesar de las

precauciones que tomáron el Cura y Don Fernando, y demas de la quadrilla, llegó Sancho á imponerse de que no eran tales encantamientos, quando se acercó á oir la conversacion que tenian con el Canónigo que iba de viage. Ahora, Señores, quieranme bien, ó quieranme mal por lo que dixere, el caso de ello es, que así va encantado mi Señor Don Quixote, como mi madre; él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demas hombres, y como las hacia ayer ántes que lo enjaulasen. Siendo esto así, ¿cómo quieren hacerme entender que va encantado? pues yo he oido decir á muchas personas que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan; y mi amo si no le van á la mano hablará mas que treinta Procuradores; y volviéndose para

el Cura siguió diciendo: ha Señor Cura, Señor Cura, ¿pensaba Vm. que no le conozco, y pensará que yo no calo y adivino á dónde se encaminan esos nuevos encantamientos? pues sepa que le conozco, por mas que se encubra el rostro; y sepa que le entiendo, por mas que disimule sus embustes: en fin donde reyna la envidia no puede vivir la virtud, ni donde hay escasez la liberalidad. Así fué ensartando otro sin fin de cosas Sanchescas, que paró en la mitad de la raya, para los que creian que Sancho pasaba por todo con su simplicidad. A fe que no tuvo el bueno del Cura que responderle. Por cierto que aquello de que donde reyna la envidia, es una verdad como un Evangelio, aunque la dixera Sancho fuera del caso; pues sabemos bien el fin del Señor Licen-

ciado en fingir aquellas cosas. Es la envidia una pasion la mas perversa, la mas iniqua de quantas conoció el mundo. Desde los primeros humanos fué la primera que se dió á conocer. Cain, envidioso de su hermano Abel, le quitó la vida: por ella se han visto, y se ven sacrificados infinitos Abeles, y desde luego puede decirse que es la mas cruel enemiga del linage humano. No perdona jamas arbitrio ni idea por mala que sea esta negra pasion; es absolutamente incompatible la virtud con semejante monstruo. Es tanta y tal, que puede llamarse el resorte de todas las demas pasiones. A todas las alarma, á todas las mueve una vez que se remueve. El hombre pierde por ella hasta los efectos de racional; todas las acciones, todos sus pensamientos no se dirigen mas

que á ocasionar males: se olvida de sí el envidioso, y revestido de fiera no perdona arma, ni arbitrio con que destruir al que considera enemigo. ¿Quántos hechos no se han visto, y se leen en las Historias, que asombran al corazon mas valeroso? Los que inventáron la exîstencia de los basiliscos, de las hidras, y de otros animales venenosos y fieros, contaban que eran raros; pero los basiliscos, las hidras que produce la envidia se encuentran á cada paso. Por lo regular es su presa el inocente, el virtuoso, el mas humano: terrible y espantoso monstruo! apénas se han descubierto, ¿qué digo apénas? no se han hallado medios para destruirle. Quasi todos los demas vicios tienen su contrario; pero este carece de todo remedio; y si alguno puede haber, se hallará en los

mismos envidiosos. Nosotros mismos, quando nos sentimos heridos de tan ponzoñoso aspid, debemos aplicar los remedios para destruirle; y mas quando nos consume las entrañas: tan malo, y perverso es este mal, pues no solo es pestífero al extraño, sino tambien vivorezno para el mismo que le padece: mortales nosotros propios somos los Médicos de esta dolencia, y el remedio son las virtudes; pues segun el bueno de Sancho no puede caber virtud donde reyna la envidia.

Tampoco venia á tiempo aquello *donde hay escasez no puede haber liberalidad*, aunque se ve en el mundo moderno una cosa que se parece á la liberalidad sin serlo, habiendo escasez. Muchos hay que son liberales de esta catadura. Unos lo piensan ser con los bienes agenos; y así, haya ó no escasez,

pueden ser liberales, pero asquas para tal órden de Caballeros! Otros hay que quieren serlo empeñándose con unos y con otros en lo que jamas pueden pagar, pero candela para ellos! Otros se ven que menoscaban lo poco que tienen, mas que sea dexando sin comer á sus hijos y familia; pero para quien tiene, y no necesita, movidos algunos de esperanzas ridículas; y estos son tan malos ó peores que los antecedentes. La liberalidad es cierto que supone facultades propias, pero con las circunstancias de no ceñirse á sugetos determinados, ni ser movida de fines particulares. Para esta son necesarios fondos, y así donde hay escasez mal puede haber liberalidades, como dixo el bueno de Sancho. La liberalidad excesiva tiene el nombre de prodigalidad, y es tan viciosa como

la miseria. El que piensa como humano ni es liberal supuesto, ni pródigo; mide sus fuerzas, prevee lo futuro, y de este modo evita los extremos viciosos.

No se le cocia el pan á Sancho, si quanto ántes no disuadia á Don Quixote; y así en quanto se le proporcionó ocasion puso por obra lo que con tantas ansias deseaba, compadecido de ver á su amo en tan lamentable situacion. En efecto le reconvino una y mil veces de que no creyera que estaba tal encantado; y viendo á Don Quixote obstinado, despues de haberle pedido permiso para hacerle varias preguntas, y concedídolo aquel, dixo: dígame, así Dios le saque de esta tormenta, y así se vea en los brazos de mi Señora Dulcinea quando ménos se piensa, sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino

con toda verdad, como se espera que la han de decir, y la dicen todos aquellos que profesan las armas como Vm. las profesa, debaxo del título de Caballeros Andantes, hablando con acatamiento pregunto, ¿si acaso despues que Vm. va enjaulado, y á su parecer encantado en esa jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer algunas mayores ó menores, como suele decirse, esto es, si le han venido ganas de hacer lo que no se excusa? A lo que habiendo contestado Don Quixote, que muchas veces, y aun ahora la tengo, sácame de este peligro, que no anda todo limpio: saltó Sancho luego: ¡ha! cogido le tengo, esto es lo que yo deseaba saber como al alma, y como á la vida. Venga acá, Señor, ¿podria negar lo que comunmente se dice por ahí quando una perso-

na está de mala voluntad, no sé que tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde apropósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? De donde se viene á sacar que los que no comen &c. estos tales están encantados, pero no aquellos que tienen la gana que Vm....Pues todo esto no bastó para convencerle de que no estaba encantado, ni ménos valió el haberle sacado de la jaula.

Tan fuerte era el entusiasmo de Don Quixote. Casi imposible era su preocupacion. Cumplió Sancho como debia, como cumplen todos aquellos que no se contentan con avisar simplemente á sus Señores, sino que añaden para persuadirlos pruebas incontrastables, tales como las que le dió Sancho á su amo. Si todos los Escuderos supieran,

como deben saber, que por las leyes divinas y humanas están obligados á prevenir los daños á sus Señores, á instruirles de la verdad que necesitan, con pruebas positivas, sin atender respetos ni fines particulares, entónces no se verian tantos tuertos. No procederian muchas ocasiones los amos y Señores Caballeros tan siniestramente como proceden, quizá por una mera preocupacion no conocida, y que remediarian advertidos y convencidos. Lo peor es que no se exîmen de cargos en la otra vida, por no ser invencible la ignorancia que les impele á obrar con injusticia, como asimismo son reos ante el Tribunal divino los Escuderos que no se interesan como Sancho, y que no despiertan á sus Señores amos. No en valde amaba tanto Don Quixote á Sancho; de-

bió de quererle como debia y merecia, pues en tantas ocasiones le dió pruebas inconcusas de que le amaba, de que el propio hecho de comer su pan le excitaba á interesarse en su acierto, en sus ventajas, mas que fuese con el objeto de esperar alguna Insula, Condado &c. Esta conducta es la que anima y obliga á los Señores á que premien los buenos servicios de los sirvientes, y no la que no manifiesta mas que lisonja, adulacion y fines. Dichoso Sancho, pues puede y debe ser el modelo de todos los Escuderos; tú solo eres la pauta, el modelo que deben imitar todos los que sirven á Caballeros Andantes. No Insulas, Reynos podias tú gobernar, como bien se lo decia al Caballero Manchego.

Decia Don Quixote: querria que la fortuna me ofreciese presto al-

guna ocasion donde me hiciese Emperador, por mostrar mi pecho, haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza mi Escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un Condado que le tengo muchos dias há prometido; sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su Estado. Oyó esto Sancho, y respondió: trabaje Vm., Señor Don Quixote, en darme ese Condado, tan prometido de Vm. como esperado de mí, que yo le prometo que no falte á mí habilidad para gobernarle; y quando me faltare, yo he oido decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los Estados de los Señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el Señor se está á pierna tendida go-

zando la renta que le dan, sin curarse de otra cosa; y así haré yo, y no repararé en tanto mas quanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mis rentas como un Duque, y allá se las hayan.

Parece que no es cosa lo que acaba de referir Sancho; pero si se pesa equivale á lo que puede llegar todo el azogue que está circulando por los canales de la tierra. Sencillamente dice Sancho lo que le dicta su modo de pensar, pero interpretando podia dar materia para mas volúmenes que los del Tostado; y mas si se atiende á tantos modos como se ven de vender y comprar los Estados de que habla Sancho, y se atienden las pésimas y fatales conseqüencias de tales ventas. Por haber el Canónigo entendido la malicia de las producciones de Sancho, le dixo: eso,

hermano Sancho, entiéndese en quanto al gobernar la renta; pero al administrar justicia ha de entender el Señor del Estado; y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar; que si esta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines, y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. No sé estas filosofías, respondió Sancho, mas solo sé que tan presto tuviera yo el Condado, como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan Rey seria yo de mi Estado, como cada uno del suyo, y siéndolo haria lo que quisiese, y haciendo lo que quisiera haria mi gusto, y haciendo mi gusto estaria contento; no tiene mas que desear, y

acabóse; el Estado venga, y á Dios.

¿Quántos Caballeros pretendientes de gobiernos, inspeccionados bien por dentro, se hallarian pensando lo mismo, y de la misma manera que Sancho? El fin es ser Gobernadores, mandar y ser obedecidos; pero satisfacer el gusto de los demas no hablemos. No se trata de saber las obligaciones á que se constituye, que no pueden prometer gustos y placeres. Poco importa que la ignorancia sea ocasion de infinitos tuertos; y que solo el deseo de llenar la ambicion de mandar, se satisfaga con los demas agregados de juntar caudal, y otras cosillas. Por cierto que con mi buena intencion puedo echarme á dormir, y no trabajar, á no zelar, á no velar sobre todos los súbditos. ¡Ha, qué errado llevan el camino los que de esta manera

piensan! Bueno es que un Escudero como Sancho se explique y discurra así: tan léjos se hallaba de ser Gobernador, como yo de estar ahora en el Mogol. ¡Pero que los que pueden conseguir tan alto empleo se dexen llevar del mismo apetito, piensen de la misma manera! esto sí que es escandaloso; esto sí que es repugnante á la recta razon: tales son los fines con que benefician los gobiernos; ¿quáles pues podrán ser los medios de que se valgan para conseguirlos? He conocido algunos que no solo han pensado de este modo, que no solo han publicado, sino que, conseguido, han cumplido mas allá de lo que han ofrecido. ¡Infelices súbditos! El Rey fia en ellos el gobierno de sus vasallos, asegurado de que exercerán con sus súbditos el paternal amor que con tanta gene-

rosidad ostentan; que no torcerán la vara de la justicia, por ser una cosa tan contraria á las divinas Leyes, y á las del Príncipe; que animados del espíritu que el Monarca, no cuidarán mas que de la paz, sosiego y tranquilidad de los pueblos que están baxo su direccion: en fin, que como sus substitutos en todo exercerán las veces del Soberano, no haciéndoles jamas que clamen por su presencia, que suspiren por su calor; y que aun cerciorados de la piedad y magnanimidad de su Señor, desesperados del mal trato lleguen jamas á sentir peso alguno de opresion, sino influxos de un padre completamente bueno.

Este debe ser el objeto de los Gobernadores; con estos fines deben apetecer y aun pretender los que se hallan en la carrera; y no

con los que violentáron á Sancho á faltar al decoro tan debido á su Señor el Caballero de la Triste Figura, el sin par Hidalgo Manchego, la pauta y regla de los buenos Caballeros Andantes.

Refiere el Historiador, que estando Don Quixote sentado comiendo con el Canónigo, á tiempo que estaba Sancho forcejeando con uno de los criados de este para ir á favorecer á su amo, que se hallaba mal aventurado con el Cabrero, oyéron una trompeta triste; que se levantó Don Quixote creyendo se le deparaba una nueva aventura, y que todo el caso fué una procesion de Disciplinantes. Que sin embargo que todos conociéron distintamente lo que era, el Caballero Manchego hizo que Sancho ensillase á Rocinante, y este con mas ligereza que nunca em-

prendió llevar á su amo á que se satisfaciese de la realidad de la cosa, ó á que cometiese con mas brevedad el insulto de embestir con los pobres que se iban despedazando sus carnes. Al ver Sancho la precipitada carrera que llevaba su amo, del mismo modo que debe entenderse, segun algunos bien intencionados, la órden que dió Josue al sol de que se parase, en lo que no me meto, porque no es punto de mi Moral, dice que echó á dar voces diciendo á su amo; ¿á dónde va Señor Don Quixote? ¿qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra santa Fe Católica? advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de Disciplinantes, y que aquella Señora que llevan sobre la peña es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla: mire, Señor, lo que

hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe.

Estas fuéron las razones con que avisaba Sancho á su amo, solo porque corria para la procesion de los Disciplinantes. ¿Qué cosas no diria de esta caterva de Quixotes levantados de ayer, que tanto mas ciegos, furiosos y delirantes, han enristrado, no con la lanza, sino con la pluma, contra la Divinidad, contra la Virgen, contra los Santos, contra toda una Religion compuesta de tantos Sábios, sostenida por tantos siglos, y por un sin número de Mártires? contra una Religion que profesáron sus antepasados, que veneráron tantos Sábios, y cuyas máxîmas y preceptos son los mas acomodados y justos, y conocidos y confesados por esencialísimos á todo el linage humano, hasta por los mas acérrimos ene-

migos de ella? contra una Religion que no respira mas que paz, quietud y sosiego, tranquilidad y obediencia, y el exercicio de todas las virtudes estimadas de todo humano, aun del mas inculto? contra una Religion que destruye el odio, la enemistad, á tiempo que contiene al atrevido, al insolente, al mas indigesto? que inspira la humildad, el respeto á los mayores en dignidad, en edad, y que sin ella, ó á lo ménos sin sus máxîmas, no puede subsistir el hombre, él mismo debe aniquilarse? una Religion que en tantos siglos no ha padecido variacion, como bien claro lo demuestra el sapientísimo Bossuet? contra una Religion, cuyas ventajas á las demas son tan notorias, que solo podria negarla y atacarla una casta de gente quixotesca, sin juicio, sin luz, y sin mas fundamentos que

los que tuvo Don Quixote quando embistió con los Disciplinantes? Luego con quánta mas razon no les diria Sancho á estos malvados: ¿á dónde van, qué demonios llevan en el pecho, y qué les incita á escribir contra la Santa Fe Católica? y yo podré decirles: ¿qué nos ha hecho la Divinidad? Esa Señora, que tantos Justos y mucho mas Sábios que vosotros sin comparacion, han confesado é invocado hasta en la misma hora de la muerte, ¿qué perjuicios os ha causado? Poseidos de Satanas, ¿qué beneficios pensabais acarrear á vuestros hermanos? ¿Son otros que el abandono de sí mismos, el vivan como, y peor que los brutos, que se devoren á traycion y reservadamente; que se asesinen, envenenen, en una palabra, que se destruyan recíprocamente, como no

lo sepan los Príncipes y la Justicia? ¿pues no hay que temer en la otra vida? ¿qué mayor prueba de la necesidad de una Religion que pueda como la Católica contener al hombre? ¿qué mayor fundamento para confesar una Divinidad que castiga al que roba, asesina, envenena, sin que pueda ser castigado por los hombres el delinqüente por ignorarse el delito?

Aun en el caso que así no fuese, lo que repugna á la buena y sana razon, léjos de persuadir á los demas hombres de que no era así, deberian animarles á creerlo para beneficio de sí mismos, para su seguridad. ¿Es esto cierto? ¿podrá negarlo el mas estólido, el mayor Quixote de los libertinos, de los filósofos modernos? Pues aun en el caso de ser falsa la Re-

ligion, debian los hombres, para afianzar su seguridad, publicar, defender y escribir pruebas de la exîstencia de un Dios justo, de una ley que violada debe ser castigado por una eternidad, y que los mas ocultos y reservados delitos, aun los del solo pensamiento, no se han de ocultar al Criador y Conservador del universo, supremo Legislador y Juez, premiador de las obras buenas, y castigador de las malas. Esto es lo que conviene al linage humano; y lo contrario no propende mas que á su destruccion. Esto mismo es lo que necesitan estos atrevidos y bárbaros Escritores; y siendo tan fácil de conocer, como le era á Don Quixote, el ver que era una procesion, dislocados como él han pretendido dislocar á los demas. Por cierto que ni el Canónigo,

ni otro alguno de la comitiva, pudiéron creer del modo que el Caballero Manchego, porque tenian clara la vista, y en su lugar la razon, á pesar de haber acabado de comer, de lo que debe decirse de que todos los que siguen los pasos de aquellos desaforados Quixotes, ó están heridos ó dementes, pues que enemigos de sí mismos quieren dar margen para que sus enemigos, que no le faltan á nadie, les destruyan, les envenenen secretamente, puesto que no han de sufrir castigo en este mundo ni en el otro.

¿Puede darse ménos reflexîon? ¿se podian esperar tan raros fenómenos, tan estrafalarios Quixotes? Ni los brutos, ni las fieras obran ni han obrado jamas tan sin reflexîon, tan sin precaucion. Ningun irracional come cosa que puede dañarle: todos huyen de

los peligros, y para ello se valen de toda su industria, de todo su conocimiento. ¿Hacen tal esta casta de hombres? No por cierto, no solo no se valen para su beneficio de su reflexîon, pero ni de la de los brutos. ¿Podrá darse igual abandono? ¿sería creible que el hombre, iluminado de unas luces superiores, no use de ellas, y que se embrutezca mas que los irracionales? ¡Tanto pueden las pasiones! ¡tanto ciegan los deseos! Cegaban á Don Quixote, pero no sin interrupcion; tenia algunos ratos de disparar, y otros de reflexar, de proceder no como loco, sino como sábio: luego eran muchos mas Quixotes los Escritores, y lo son mucho mas los que adaptan sus perversas máxîmas. Ni Sancho con toda su sencillez pudo llevar á bien la aventura de su amo con

los Disciplinantes; y así reflexaba si obraba como racional: ¡dichosos los Sanchos, é infelices los Sábios que tal escriben, como asimismo los que siguen sus máxîmas! Si por estas regiones se han levantado pequeños exércitos de Quixotes libertinos, gracias á la Providencia divina, que en las Indias Orientales van abrazando la Cruz y el Evangelio naciones enteras tan numerosas, que segun nos refieren los Misioneros, son innumerables. Resplandecen allá los prodigios que se viéron en otros tiempos; en estos continentes se ven repetidos prodigios de la misma naturaleza que los que se experimentaban en los primeros establecimientos de nuestra santa Ley. Esto mismo debia movernos á desterrar el libertinage, y todo lo que propende á él. Este hecho, que no ad-

mite la menor duda, como puede verse por las relaciones de los obreros del Evangelio de aquella region, debia hacernos temer que trasplantando el Señor allá su viña nos abandone, y caygamos una vez en la impiedad, y por consiguiente excitemos su divina ira hasta exterminarnos. No mi Dios; no permitais que tal acontezca. Los Españoles, como siempre, profesaremos vuestra santa Ley; y si alguno se vicia con las perversas reliquias del libertinage, exterminadlo, ó inspirad á los Jueces para que le separen como á miembro podrido. El ánimo del Soberano no es otro: sus acciones no se dirigen mas que á edificar, á fortificar la Religion en sus dominios, y á extenderla en los mas remotos. Las providencias de los Ministros ó Magistrados, y demas

Jueces, no inspiran mas que la pureza de la Religion. Todos, Señor, todos nos gloriamos de ser Christianos; todos vivimos empeñados en observar la conducta de nuestros mayores, que tanto lustre diéron á la nacion, y que en toda la redondez del globo han sacrificado su sangre para defender la Fe. Tanto el sábio como el mas sencillo é inocente cree y confiesa lo que la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, y protesta por mi medio morir mil veces ántes que entrar por las puertas de la iniquidad, de la irreligion, ántes que faltar á sus preceptos dirigidos al amor de Dios, respetar y obedecer al Rey, y asimismo á sus padres, mayores y superiores.

Esto me obliga á esperar de vuestra infinita bondad la perseverancia de los Españoles en la

Religion, y por consiguiente la continuacion de los infinitos beneficios con que les favoreceis.

Llegada de Sancho Panza á su casa, y recibimiento de su muger Teresa Panza.

Tan mal parado quedó Don Quixote de la aventura desventurada de los Disciplinantes, que no pudiendo sostenerse sobre Rocinante, él propio pidió de gracia le subieran y llevaran en el carro. En efecto así se hizo, y el pobre de Sancho fué conductor de Rocinante y del jumento. Seis dias gastáron para llegar á su aldea, á la que al fin llegáron en la mitad del dia, por cierto Domingo, segun cuenta el Historiador. Como la gente estaba toda en la plaza, y por mitad de la qual atravesó el carro con

Don Quixote, acudiéron todos á ver lo que en él venia. Luego que viéron á Don Quixote tendido sobre un haz de heno, quedáron maravillados, y al punto llegáron las malas nuevas de mal llegados á la sobrina y ama, y á Teresa Panza la llegada de Sancho, la qual fuera de sí echó á correr para la casa de Don Quixote llena de deseos de ver á su amado esposo; porque aunque preguntó ántes por el asno que por su salud, nada importa esto para que no fuese así como llevo dicho, ni ménos la respuesta de Sancho tiene nada de extraño, porque á la verdad él y el asno venian mejores de salud que su amo.

Preguntóle Teresa: pero contadme ahora amigo, ¿qué bien habeis sacado de vuestras escuderías? ¿qué saboyana me habeis traido?

¿qué zapatos á vuestros hijos? No traygo nada de eso, dixo Sancho, aunque traygo otras cosas de mas momento y consideracion. Mostradme, dixo Teresa: en casa os las mostraré.

¿Qué le traeria Sancho á su Teresa? atencion á esto: por ahora estar contenta, la dixo Sancho, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viage á buscar aventuras, vos me vereis presto Conde ó Gobernador de una grande Insula, y no de las de por ahí, sino de la mejor que pueda hallarse.

¿No parece un gran consuelo para una pobre muger, que está esperando á su esposo con algun adelanto? ¿Quántos Sanchos no llegan á sus casas, despues de haber estado años fuera, y preguntados por sus mugeres de la manera que Teresa, responden con una friole-

ra semejante ofreciendo nuevo viage? Vaya este caso, que no es cuento, sino un hecho muy positivo. Dexó un marido á su muger á los tres años de casado, con destino para América: él tendria veinte y cinco años; y ella, quando mas, diez y nueve. No le dexó mas alimentos ni mas caudal que sus arbitrios y la Providencia: á los treinta y cinco años volvió á Cádiz, Ciudad donde se habia casado y dexado á su consorte: despues de haber hecho algunas diligencias supo que su muger aun vivia, y que lo pasaba medianamente, y se fué á encontrarla. Es de advertir, que él no tenia camisa, y que ya todo cano y zarrapastroso daba asco al mirarlo. Llegó á la casa, y preguntando por su muger, respondió esta qué se le ofrecia, ¿con que Vm. es? Si se-

ñor, dixo ella. ¿Qué, no me conoces? replicó el. Y yo solo para servir á Vm.: al decir esto fué á abrazarla con muchas expresiones amorosas: ella se resistió, y aun le apartó con muy malos términos; á esto se descompusiéron de palabras; á las voces acudiéron los vecinos de la casa, y apaciguados le dixo su muger las siguientes razones: Señor mio, á donde ha pasado treinta y cinco años, puede pasar los que le quedan de vida; vaya Vm. con Dios, y no vuelva mas acá: ¡es bueno despues de tanto tiempo, que ni una carta he tenido de Vm., se viene ahora para que yo le mantenga y entierre! Mediáron los vecinos, pero ella tenaz no le dexó mas arbitrios que el ir á pedir una limosna. No me meteré en aprobar el hecho, pero sí diré que le fué bien merecido. No

pudo Teresa decir otro tanto, por el corto tiempo que habia estado ausente; pero otra no hubiera respondido como ella: quieralo así el cielo, marido mio, que bien lo habemos menester. Quizá aquello de Insula le pareceria alguna cosa venida del otro mundo; desde luego se debe creer así, porque luego le preguntó: mas decidme, ¿qué es eso de Insulas? No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho; á su tiempo lo verás, muger, y aun te admirarás de oirte llamar Señoría de todos tus vasallos: ¿qué es lo que dices, Sancho? Esto respondió preguntando llena de admiracion. Por cierto que hizo efecto la píldora. No hay mejor receta para tranquilizar á las mugeres que el ofrecerlas Villas, Castillos y Señoríos. Con esto, como sean de aquellas que tienen tantas creede-

ras como Teresa, ya las tendrán contentas; bien sabia esto Sancho: por esto la saluda con la oferta de la Señoría: hay muger que solo por ganar un título de esta naturaleza es capaz de sacrificar lo que mas estima. No es ponderable lo que rabian por elevarse. En los hombres es fuerte la pasion de la ambicion; mas en las mugeres sobreexcede en tercio y quarto. He visto en mis dias casar mas de ciento con viejos, despreciando á mozos y con caudal, solo porque las llamen Señoría; y algunos matrimonios se han efectuado bien extravagantes con el mismo motivo. Luego no es de extrañar que Teresa Panza se alegrase, y olvidase la ausencia con el aditamento de permitir á su esposo que hiciera otra salida con tal de llamarse Señoría.

Deciala á renglon seguido á su muger Sancho: no hay cosa mas gustosa en el mundo que ser un hombre honrado Escudero Andante, buscador de aventuras. Ya se ve, como no sea trabajar con la hazada ó arado desde que sale el sol hasta que se pone, no hay como ser Escudero. Esto dicen los araganes y poco amigos de doblar el espinazo; pero el que piensa como hombre de bien, come y con deseos de ser útil á la sociedad y á su patria, no prefiere á la vida laboriosa la holgazana.

Deseoso Sancho Panza como buen Escudero de saber de la salud de su amo, determinó pasar á su casa. No bien hubo tocado á la puerta, quando sobrina y ama saliéron hechas unos tigres diciendo á Sancho: ¿qué quiere este mostrenco en esta casa? idos á la

vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que distrae y sonsaca á mi Señor, y le lleva por esos andurriales. A estas razones respondió Sancho, pugnando á un tiempo por entrar: ama de Satanas, el sonsacado, el distraido, y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañais en la mitad del justo precio; él me sacó de mi casa con engañifas prometiéndome una Insula, que hasta ahora la espero. Malas Insulas te ahoguen, respondió la sobrina, Sancho maldito; ¿y qué son Insulas? ¿es alguna cosa de comer, golosazo, comilon, que tú eres? Decia el ama, no entreis acá, saco de maldades y costal de malicias, id á gobernar vuestra casa, y á labrar vuestros pegujales, y dexaos de pretender Insulas, ni insultos,

Sancho porfiado; y la sobrina, y el ama empeñadas en estorbarle la entrada. Fué por fin llamado por Don Quixote, y ganó la pelea.

Toda esta multitud de sinrazones que produxo la ira en el ama y sobrina, sufrió Sancho por ver á su amado Señor el Caballero de la Triste Figura. No le estorbó para insistir en querer entrar el que le atribuyesen la culpa de la enfermedad y locura de su amo, siendo así que á la verdad ni la sobrina ni el ama tuviéron pizca de razon. En esto se trasluce la suma bondad de Sancho, el amor que profesaba á Don Quixote, y que era insensible en los ultrages, agravios y afrentas.

¡Quán ordinario es atribuir la causa de las travesuras de uno á los con quien se acompaña! Que esto acontezca á los mozos, que no

piensan, santo y bueno; pero en un hombre de la edad de Don Quixote, no se deben atribuir á las compañías sus desbarros. Tanta razon tenian la sobrina y el ama para atribuir al pobre de Sancho las locuras de Don Quixote, como tienen los mas de los que siguen por algunas sendas las huellas de este Caballero.

De treinta, quarenta y cincuenta años ya tenemos edad para conocor lo que nos conviene y lo que nos daña, y así no debemos atribuir nuestros delirios á las compañías: ya tenemos seso y tino, ó á lo ménos debemos tenerle para conocer lo que es nocivo para separarnos; y no que nosotros mismos culpamos á los amigos de nuestros disparates. Es mas que locura buscar disculpas de esta naturaleza. Debiamos confesar nuestro poco

juicio, y no culpar á quien tal vez nos aconseja lo contrario. Debemos ántes meditar muy bien lo que vamos á hacer, y así no tendremos que echar la culpa á otro, porque ó no haremos el desvario, ó si lo hicieremos, no tendremos razon para quejarnos de otro, como no la tenian ni el ama ni la sobrina. Ansioso uno de tomar unos diezmos incitó á otro para que entraes con él en el arrendamiento: el año fué malo, y no juntáron ni la mitad del arrendamiento: como ya sea bueno ó pésimo el año, *nulla est redentio* que se han de pagar, fué forzoso vender aquel una finca. Mucho fué su sentimiento, pero mayor fué la ira del solicitante, su muger y demas familia contra el otro pobre, que no pensó jamas en tales diezmos. ¿Será esto puesto en razon? ya de hoy para

en adelante ha de saber el universo entero, que de las malas resultas que sobrevengan de acciones de sugetos que tengan mas de treinta años, no se han de culpar sino á los que las hubieren hecho, á los que no las hubieren ántes meditado, y quando no sean suficientes los alcances, y que no las hayan consultado.

Bien sabia Don Quixote que Sancho no tuvo parte ni arte en su primer salida, y que siempre Sancho fué atenido al salario, y lo demas que pudiera caer, como los cien escudos de la maleta; no obstante se quejaba con él despues que estaban encerrados, diciéndole: mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fuí el que te saqué de tus casillas: juntos salimos, juntos fuimos, y juntos peregrinamos; una misma fortuna

y una misma suerte ha corrido por los dos. Si á tí te han manteado una vez, á mí me han molido ciento; y esto es lo que llevo de ventaja.

Eso estaba puesto en razon, respondió Sancho, segun Vm. dice: mas anexas son las desgracias á los Caballeros Andantes, que á los Escuderos. Engáñaste, Sancho, que quando la cabeza duele, todos los miembros duelen.

Es de admirar que á pesar de ser Don Quixote quien le fué á buscar á su casa, quien le ofreció la Insula &c., ahora le reconvenga de que hace mal en decir que le habia sonsacado. En algunas cosas parece que guarda las leyes de caballería con todo escrúpulo; mas en esto de mil leguas los Caballeros Andantes jamas deben negar la verdad, ni indisponerse de que

la digan sus Escuderos, y mayormente en casos de honra, como fué el no quererle dexar entrar con mil vituperios. Esta es una enfermedad tan general, que apénas dexarán de encontrarse noventa de ciento Caballeros Andantes que no hagan lo propio. Mas que ellos hagan de su motu, de su inclinacion, de su falta de meditacion doscientos aviesos cada dia, siempre han de echar la culpa á otro, siempre han de buscar pretextos, achaque ó tentador. No sé en qué se distinguen á veces los hombres hechos de los niños en quanto á este punto. Es una necedad, es un recurso frívolo achacar á otros la causa de las necedades que uno cometió, y el sentir que los sugetos á quien se atribuyen, aunque sean tan inferiores como de criado á amo, protesten y reconvengan

probando lo contrario, como hizo Sancho con Don Quixote.

Muchas y muy sabrosas razones pasáron en casa de Don Quixote entre este Caballero, el Bachiller Sanson, y Sancho Panza. Díxole á este el Bachiller, que deseaba saber muchas cosas; y con este motivo volvió Sancho á casa de su ama. La primera porque fué preguntado, fué por la pérdida de su asno; la que contó así, sin que se me tenga á mal el que la refiera, quando puede leerse en el Autor, para mejor deducir lo que contenga de Moral.

La noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena, nos metimos en una espesura á donde mi Señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos

pusimos á dormir, como si fuera sobre quatro colchones de plumas: especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fué, tuvo lugar de llegarse, y suspenderme sobre quatro estacas que puso á los quatro lados de la albarda, de manera que me dexó á caballo sobre ellas, y me sacó debaxo de mí al rucio, sin que yo lo sintiese.

¡Fuerte sueño! no es fácil de averiguar por qué sean tan dormilones todos los Escuderos; á poco rato de estar sentados cátalos dormidos: en pie he visto dormirse algunos, con que no es de extrañar el caso de Sancho: sin tales estacas podia haber sucedido, porque siendo largo de piernas, esto es, mas largo que alto el jumento, no hay cosa mas fácil que irse y perderle.

La causa de ser tan dormilones

los criados, á mi ver, no es mas sino lo poco que tienen que pensar. Como no tienen á su entender mas que esperar la voz de sus amos, viven descuidados, y duermen descansados. No debia ser así, quando están ociosos debian de pensar en que no siempre habia de durar aquella vida, y que la vejez no podia ser tan holgazana; que no era aquel destino mas que un pasatiempo, y que los adelantamientos que se pueden esperar no ofrecen mas que una vejez miserable, infeliz y desdichada.

Refirió luego Sancho el reencuentro del asno, y le reconvino Sanson diciendo: no está en eso el yerro, sino en que ántes de haber parecido el jumento dice el Autor que iba á caballo Sancho en el mismo rucio. A esto respondió Sancho, que no lo debia creer; que el Au-

tor se engañó, ó que fué descuido del Impresor.

Buena es, sin ser Sancho Autor ocurre tambien al refugio de los Autores. Para estos, ó á lo ménos para los mas, todos son yerros de Imprenta, siendo así que muchos son del mismo que escribió: porque ¿para qué se dan una, dos y tres pruebas, sino para que el Autor corrija quanto encuentre defectuoso? Es verdad que á mí me ha sucedido mas de cien veces corregir, y luego no enmendarlo los oficiales, sino echar á tirar, como si esto no fuese un asunto de importancia. Pierde el crédito todo Impresor que da sus obras con muchas erratas; y por tanto con el mayor escrúpulo deben zelar los amos de las Imprentas el que se corrija con la mayor prolixidad. Con esto si quedaren erratas se le atribuirán

al Autor, que no siempre han de cargar los Impresores.

Preguntóle Sanson por los cien escudos, y respondió Sancho yo los gasté en pro de mi persona, y de la de mi muger, y de mis hijos; y ellos han sido causa de que mi muger lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo á mi Señor Don Quixote; que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba.

Y con sobrada razon, porque ¿qué mayor desvergüenza que entrarse por la puerta de su casa sin llevar nada á su muger, despues de haber estado muchos tiempos fuera? Ya quando los atrasos, las enfermedades, ú otros accidentes que pueden sobrevenir, lo ofrecen así, no es culpable; pero quando

resulta, como comunmente sucede, por haberlo malversado, por no haber trabajado, con salud y robustez, entónces no merece sino unas galeras.

Sigue Sancho diciendo: y si hay mas que saber de mí aquí estoy, que responderé al mismo Rey en persona; y nadie tiene para que meterse en si traxe, ó no, si gasté, ó no gasté, que si los palos que me diéron en este viage se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran mas que á maravedi cada uno, con otros cien escudos no habia para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces.

Temia el socarron de Sancho que no saltase Don Quixote, y por

esto acaba su respuesta en los términos que se leen. Es desabrido esto de tomar cuentas para muchos; pero depende de que no andan muy limpios. El que procede con lo que se llama legalidad y hombria de bien, ántes siente que no se las tomen. El que no tiene pecado, nada le importa el dar cuenta y razon; mas el que le tiene, como Sancho, se indispone, no le gusta el andar con cuentas.

¡Ha, quántos caen en esta ratonera! no hay como la limpieza, la verdad y la integridad.

Preguntóle á Sanson Carrasco Don Quixote si el Autor de su Historia prometia segunda parte; y le respondió que sí, pero que no la habia hallado ni sabia quien la tenia; y como dicen que segundas partes nunca han sido buenas, se duda si la habrá: ¿y á qué se

atiene el Autor? dixo Don Quixote. A que en hallándola, replicó Sanson, la dará á la prensa, llevado mas del interes que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A esto dice que saltó Sancho: ¿al dinero y al interes mira el Autor? Maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar, como Sastre en vísperas de Pasquas; y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfeccion que requieren.

No parece sino que Sancho habia pasado por aquello de Autor, segun se explica. Es mucha verdad que de las obras que solo se escriben por interes, muy pocas salen con perfeccion; porque desde luego se escriben apriesa, como los vestidos en vísperas de Pasquas, y por esto no salen jamas acabados, y si aprieta algo la ne-

cesidad, y se venden los manuscritos, mucho peor. Lo que ménos se mira en estos casos es la alabanza; no obstante, segun tengo entendido, el Autor de la Historia de Don Quixote no escribió obligado de otro motivo; y con todo vemos su obra acabada en tales términos, que no solo no puede mejorarse, pero ni aun imitarse. Esto arguye indisputablemente, que era tal y tan grande su talento, que de priesa y despacio, de todas maneras, hacia las cosas bien, y perfeccionadas. No hay que extrañar, pues vemos que los buenos artífices executan con celeridad y perfeccion todas sus obras que emprenden; y esto de hacer mal las cosas depende de falta de conocimiento y práctica. El que no está diestro en un arte, ni despacio trabaja bien. Aquí

viene como de perilla un cuentecillo.

Paseábase por el claustro un Religioso anciano, y habiendo observado que uno algo mas que Corista tenia la puerta entre abierta, y que estaba escribiendo, se llegó á él y le preguntó qué era lo que escribia. Padre Maestro, respondió aquel, un sermon que debo predicar de Santa Bárbara; dexóle, y siguió escribiendo. El dia siguiente notó que aun estaba escribiendo: acercóse de nuevo, y volvió á preguntar: ¿se concluyó el sermon? Sí, Padre Maestro, respondió; mas ahora estoy corrigiéndolo y puliéndolo. Pasóse aquel dia; y habiéndole tambien visto escribiendo al siguiente, se volvió á acercar preguntándole: Padre ¿qué se hace ahora? A que respondió: estoy poniendo en limpio el

sermon. Llegó el quarto dia, y visto aun ocupado al Predicador, le dixo: Padre ¿qué aun no se ha concluido eso? Estoy ahora repasándolo, y mejorándole algunas voces. A esto el Padre Maestro, ya cansado de oir respuestas de tal naturaleza, le dixo: Padre no se canse en corregir, poner en limpio, y mejorar, que si desde el primer parto no sale derecho, no lo enderezará en todos los dias de su vida. En efecto los profesores hábiles y expertos del primer golpe sacan la obra, quando no rematada de un todo, á lo ménos con poca imperfeccion, y está facilmente remediada; pero los ignorantes ni depriesa ni despacio.

Continuó Sancho diciendo: atienda ese Señor Moro, ó lo que es, á mirar lo que hace, que yo y mi Señor le daremos tanto ripio á la

mano en materias de aventuras, y de sucesos diferentes, que pueda componer, no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda que nos dormimos aquí en las pajas; pues ténganos el pie al herrar, y verá del que coxeamos: lo que yo sé decir es, que si mi Señor tomase mi consejo, ya habiamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios, y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos Andantes Caballeros.

No dirá ahora Sancho que su amo le sonsacaba; ya está visto que Sancho tenia mas ganas de otra salida que el mismo D. Quixote; mas ¿por qué? Porque ya no le acomodaba doblar el espinazo, porque ya habia probado el arte de la holgazanería.

De esto nace que los que una vez

han entrado de Escuderos de Caballeros Andantes, ya no vuelven jamas á tomar el pulso al arado. Por esta razon es mas que detestable el órden Escuderil.

Don Quixote, que necesitaba poco, determinó su nueva salida, mas quiso primero aconsejarse con el Bachiller Sanson sobre la parte por donde habia de dirigirse.

Alabóle este su determinacion, y le advirtió que anduviese mas atentado en acometer los peligros. De esto es de lo que yo reniego, dixo á esta sazon Sancho, que así acomete mi Señor á cien hombres armados, como un muchacho goloso á media docena de badeas. Cuerpo del mundo, Señor Bachiller, sí, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar; y mas que yo he oido decir á mi Señor mismo, que en los extre-

mos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía. Sobre todo aviso á mi Señor que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condicion que él se lo ha de batallar todo. Yo, Señor Sanson, no pienso grangear fama de valiente, sino del mejor Escudero que jamas sirvió á Caballero Andante.

Es digna de alabanza la memoria de Sancho. Es cierto el refran que quien con lobos anda á ahullar se enseña. Pero désele á Sancho todo lo que no sea trabajar ni batallar, y estará contento. Es cosa bien singular que no he visto comedia en la que no se pinte al criado con las mismas circunstancias que se traslucen en Sancho. No puedo ménos de creer que el oficio se lo trae de sí; y es mas que cierto. Esta es otra razon por

la que son perjudiciales á la Monarquía tanta multitud de criados mozos, robustos y rollizos, porque ni pueden servir despues para las labranzas, ni quedan para soldados, por la costumbre que tienen de una vida holgazana, indolente y ociosa, y lo peor de todo esto afeminada.

Decia Sancho: si mi Señor Don Quixote, obligado de mis buenos y muchos servicios, quisiere darme alguna Insula, recibiré mucha merced; y quando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en nota de otro, sino de Dios, y mas que tambien, y aun quizá mejor, me sabrá el pan desgobernado que siendo Gobernador.

Desde luego sabe mejor el pan que come el pobre en su casa al lado de su familia, calentándose

con ella en el riguroso invierno en el hogar, que quantas delicias se disfrutan de Gobernador. El que piensa cumplir como debe á Dios y al Rey, no puede tener mucho descanso, comer con mucho desahogo, ni vivir libre de sinsabores, pues por eso decia muy bien Sancho: ¿y sé yo por ventura si en estos Gobiernos me tiene aparejado el Diablo alguna zancadilla donde tropiece y cayga, y me deshaga las muelas? A la verdad son muchas las zancadillas á que está expuesto un Gobernador; y no procediendo con conducta, son raros los que se escapan de tropezar en ellas; y lo peor y mas doloroso es, que no solo está expuesta tanto su vida como su honor, que es la prenda mas apreciable que hay en este mundo.

Esta reflexîon contentaba á San-

cho si no conseguia el Gobierno, y por tanto dixo: Sancho nací, y Sancho pienso morir.

Esta misma debia consolar y aun alegrar á los que pretendiendo Gobiernos no los pueden conseguir, pues á mi ver es un favor especial de la Providencia. No obstante decia que si de buenas á buenas se le dieran, no sería tan necio que lo desechase, que tambien se dice: quando te dieren la vaquilla corre con la soguilla, y quando viene el bien mételo en tu casa: juzgaba que era algun bien el ser Gobernador; pero se engañaba: prueba de ello que los mas grandes hombres se han resistido á admitirlo; y los que le han recibido han sido creidos de que hacian algun servicio á su patria. Estos no lo pretendiéron, porque sabian el peso que debian cargar.

Los empleos deben buscar á los sugetos, y no estos á los empleos; lo que tiene de trabajoso un empleo, lo que tiene de honoroso, parece se aligera quando no ha sido solicitado, sino que ha venido por su peso.

Díxole Sanson á Sancho: los oficios mudan las costumbres; y podria ser que viendoos Gobernador no conocieses á la madre que os parió.

Este hecho es solo propio á los mentecatos, porque hombre ninguno de razon muda su ser por variar de estado, dignidad ó empleo, y tan sujeto está á las miserias humanas como antes de serlo; y no tiene mucho de Católico el que se envanece en tanta manera que olvida los favores, la amistad y aun el parentesco. Por eso dixo Sancho: eso allá se ha

de entender con los que naciéron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma quatro dedos de inxundia de Christianos viejos, como yo los tengo: no, si no llegaos á mi condicion, que sabrá usar de desagradecimiento con alguno.

Conocia Don Quixote quan dificil sería lo que ofrecia Sancho si la Insula se deparase; y por esto respondió: Dios lo haga. Porque á la verdad en muchos es necesario todo el poder de Dios para no ensoberbecerse á la hora y punto que se ven engrandecidos.

LA MORAL

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza, y su muger Teresa Panza.

Saltando salió de la casa de Don Quixote Sancho lleno de regocijo de ver ya determinado nuevo viage. Presuroso corrió á noticiárselo á su esposa. Llegado que fué, viéndolo Teresa le preguntó: ¿qué traeis, Sancho amigo, que tan alegre venís? Muger mia, respondió, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como muestro. No os entiendo, dixo Teresa: á fe mia que yo tampoco; no obstante veamos su respuesta. Mirad, Teresa, yo estoy alegre, porque tengo determinado de volver á servir á mi amo, porque así

lo quiere mi necesidad, junto con la esperanza de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haber de apartarme de tí y de mis hijos. Vamos, que ya se entendió el misterio. Es cierto que si no fuera la necesidad, mas se holgara de salir; vamos allá. Este es el término de todos los que emprenden salidas; y este el mismo pretexto que toman todos los que no contentos con lo que les da su sudor y la Providencia, se arrestan á desamparar sus familias, y se van aunque sea al otro mundo, mas que no se trasluzca ni esperanza de hallar otros cien escudos ó mil, como halló Sancho, y se hallan otros muchos. Si Dios quisiera, dixo Sancho, darme de comer á pie enxuto en mi casa, sin traerme por vericuetos y encru-

cijadas, claro está que mi alegría fuera mas firme y valedera, pues la que tengo va mezclada con la tristeza de dexarte; asique dixe que me holgara de no estar tan contento: si bien se advierte le faltó á Sancho una circunstancia á aquello de pie enxuto, que es, y *sin trabajar*: porque no es otro el motivo de su alegría, no era otra su esperanza, ni fuéron jamas otros sus deseos; como acontece con los que se van á las Américas, animados, no de lo que puede dar su sudor é industria, sino de lo que se pueden hallar, como si allá los árboles produxeran pesos, y las peñas pan.

Mirad, Sancho, le decia Teresa, despues que os hicisteis miembro de Caballero Andante hablais de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda: basta que

me entienda Dios, muger, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas. En verdad que no es de extrañar se le pegase á Sancho algo de lo mucho que sabia y hablaba Don Quixote. Un Legazo de un Padre Maestro, que toda su vida no habia sabido mas que andar tras de un par de bueyes, mas tosco quando entró que los mismos silvestres, á los dos años de batirle el chocolate al citado Padre Maestro, y acompañarle, único oficio que se le habia encargado, no solo queria hablar crítico, como su Paternidad, sino que quando ménos se percataban salia con un texto latino, y queria dar voto en todo, y hasta el tabaco tomaba de la misma manera y con los mismos rodeos que su Reverendo. Esto mismo lo vemos diariamente verificado, y por

tanto no debió extrañarse en Sancho. Si los amos y superiores procurasen dar buen exemplo á sus domésticos, yo les aseguro que no se verian tantos viciosos, porque sin disputas será bien contado el que no guste de imitar á su Señor.

Díxole Sancho á Teresa: yo os digo que si no pensase ántes de mucho tiempo verme Gobernador de una Insula, aquí me caeria muerto. Eso no, marido mio, dixo Teresa, viva la gallina aunque sea con su pepita; sin gobierno salisteis del vientre de vuestra madre, sin gobierno habeis vivido, y sin gobierno os ireis, y os llevarán á la sepultura. Como de estos hay en el mundo, y viven sin gobierno, y no por eso dexan de vivir.

¡Quántas Teresas podian hablar con sus esposos con esta carretilla de equívocos! Desde luego, si San-

cho hubiera vivido con gobierno, no hubiera pensado en servir de Escudero de Don Quixote; no hubiera intentado nueva salida, ni hubiera dexado á la pobre de Teresa y á sus hijos desgobernados.

Seguia Teresa diciendo: la mejor salsa del mundo es la hambre; como esta no falta á los pobres, siempre comen con gana. Tambien Teresa sabe decir verdades como las de Pedro Grullo. En efecto no sé por qué apetecerá nadie las riquezas. No he visto rico alguno que lo mas del año no lo pase con desganas, flatos, y buscando apetitos, salsa y otros llamamientos de la gana. Y por el contrario el pobre siempre fué fuerte y robusto, y en todas horas dispuesto para comer lo que le depara la Providencia; vive sin cuidado, por tanto come con agrado. No gasta

especias ni condimentos que jamas pueden ser saludables, y de ahí le viene que sus humores se mantienen puros sin alterarse, y su sangre sin vicios. De milagro necesita Médico, porque como que su naturaleza se halla trabajada, y bien constituida, fácilmente vence sus enemigos. La hipocondría, el flato jamas le envisten : en una palabra no son ponderables los beneficios que disfruta el pobre mas que el rico. Véase la gente de los pueblos, y luego regístrese la que vive en las Ciudades, y se hallará en los colores y demas circunstancias una diferencia notabilísima. Si bien se considera debian los ricos comer como pobres, y vivir como ellos, como hacian en el siglo de oro; huir de toda especia y condimento, enemigos todos de nuestra salud, y nada de la vida;

mole, é indolente. Los Médicos se fatigan en discurrir remedios para muchas enfermedades de los ricos y de los ciudadanos; siendo así que no se puede hallar mejor medicina que arrojarles al campo, y aconsejarles por algun tiempo la vida de los villanos pobres. Con esto se veria exterminada la hipocondría, el flato, el vapor, y aun otros males que no los curan los Médicos.

Pero mirad, Sancho, le decia Teresa, si por ventura os viéredes con algun gobierno no os olvideis de mí y de vuestros hijos; advertid que Sanchico tiene quince años cabales, y es razon que vaya á la escuela; Mari-Sancha vuestra hija no se morirá si la casamos, que me va dando barruntos que desea tanto tener marido, como vos deseais veros con gobierno; y en fin

mejor parece la hija mal casada, que bien abarraganada.

Parece que Teresa ya sabia que algunos en viéndose Gobernadores, ó en algun otro empleo, se emboban, embelesan y entorpecen tanto de la memoria, que ni se acuerdan de sus mugeres ni de sus hijos. Ello no puede ménos; lo primero porque por lo comun se ve esto; y lo segundo porque así se debe inferir del encargo.

A buena fe, respondió Sancho, que si Dios me llega á tener algo que de gobierno, que la tengo de casar, muger mia, á Mari-Sancha tan altamente, que no la alcancen con llamarla Señoría. Este es delirio de todo padre; por eso le respondió Teresa: eso no, Sancho, casarla con su igual, que es lo mas acertado. Medíos, Sancho, con vuestro estado, no os querais al-

zar á mayores, y advertid el refran que dice: al hijo de tu vecino límpiale las narices, y métele en tu casa. Por cierto que sería gentil cosa casar á nuestra María con un Condazo, ó algun Caballerote, que quando se le antojase la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del estripa terrones, y de la pela ruecas; no en mis dias.

¿Podrá darse razonamiento mas atinado? ¿Se habrá visto mas fino y seguro modo de pensar? ¡Qué verdades tan patentes! ¡Qué máxîmas tan sólidas é interesantes para todo hombre que tenga hijas! Traed vos dinero, Sancho, le dixo Teresa, y el casarla dexadlo á mi cargo, que ahí está Lopez Tocho, mozo rollizo, y le conocemos, y que no mira de mal ojo á la muchacha; y con este, que es nuestro

igual, estará bien casada, y seremos todos unos hijos y padres, nietos y yernos; y andará la paz y bendicion de Dios entre todos nosotros.

¡Qué leccion tan grandiosa para muchos padres y madres, que aspiran mas alto de lo que deben, creidos de que por este medio consiguen algunas ventajas! ¡Qué de engañados y engañadas no se miran todos los dias! Consigue un pobre infeliz, y si se puede decir de baxa fortuna, el casar una hija con alguno de superior gerarquía; ¿y qué sucede? se avergüenza este de ver entrar á los padres de ella á visitar á su hija; léjos de mirarlos con el respeto debido los trata no como extraños, sino un poco peor; y la misma hija tal vez se niega á la familiaridad, á lo ménos públicamente. Este es el galardon

que han ganado; este es el premio de sus descabellados deseos.

Bien decia Teresa, seremos todos unos padres é hijos, nietos y yernos.

¿Quánto no se podria decir en el particular? pero baste esto, porque ya se tocó mas largamente este punto en la Moral de Don Quixote.

Pensaba dexar en silencio lo demas de este Capítulo; pero leido y releido, me ví obligado á repetir lo mismo que se lee en el Autor, porque las cosas buenas y de gusto no solo no fastidian, sino que tampoco es reparable el que se repitan.

Ven acá, bestia, y muger de Barrabas, replicó Sancho, ¿por qué quieres tú ahora, sin qué ni para qué, estorbarme que case á mi hija con quien me dé nietos que se llamen Señoría? ¿No te parece, animalia, que será bien dar con

mi cuerpo en algun gobierno, que nos saque el pie del lodo? No hablemos mas, que Sanchica ha de ser Condesa, aunque tú mas me digas. Pues con todo eso, dixo Teresa, temo que ese Condado ha de ser la perdicion de mi hija. Siempre, hermano, fuí amiga de la igualdad; Teresa me pusiéron en el Bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras de Dones ni Doñas, y con este nombre me contento sin que me le pongan un Don encima. Parece que entónces no andaban los Dones tan abundantes, pues en el dia no paso á creer sino que alguna llovisna de las que suelen durar quince dias se ha convertido en Dones, pues sobran, segun el número de gentes que contiene la España. Digo llovisna, porque solo parece que cayéron en determinadas Provincias de España,

pues en otras ha sido tanta la seca, que ni para los que se les debe dar por su carácter y circunstancias, ha venido ni un barco cargado.

No quiero dar que decir, decia Teresa, á los que me vieren andar vestida á lo Condesil, ó á lo Gobernadora, que entónces dirán: mirad que entonada va la pazpuerca; ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, é iba á Misa cubierta la cabeza con la falda de la saya, y ya hoy va con verdugado, como si no la conociesemos. Vos, hermano, idos á ser Insulo; que ni mi hija, ni yo, por el siglo de mi padre, que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea. La muger honrada la pierna quebrada, y en casa; y la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta. Ahora digo, replicó Sancho, que

tienes algun familiar en ese cuerpo: ¡válate Dios la muger, y que cosas ha ensartado, sin tener pies ni cabeza! Ven acá, mentecata, si yo dixera que mi hija se arrojara de una torre, tenias razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas te la planto un Don y una Señoría acuestas, ¿por qué no has de consentir, y querer lo que yo quiero? ¿Sabes por qué, marido? respondió Teresa, por el refran que dice, quien te cubre, te descubre. Todas estas son verdades mas claras que la luz del sol; y mucho mas la última, porque ¿quién duda que es el blanco de la atencion de todos todo sugeto, que conocido de mucho tiempo en un trato vil y baxo, y en un estado miserable, de repente le miran en otro muy diferente altanero y soberbio? Estando en Sevilla los Reyes se

presentó al público un hombre todo lleno de galones, de modo que movió la atencion de un forastero, quien preguntando quién era aquel sugeto, le respondiéron que el verdugo; y reconviniendo que cómo se permitia aquello, le replicáron que ántes se le debia permitir, porque de este modo conocian todos quién era, lo que no sucederia así si vistiera como los demas. Con que dixo muy bien Teresa Panza, que lo que encubre descubre, y que por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué algun tiempo pobre, allí es el murmurar y maldecir. ¿Qué mejor leccion para muchos y muchas, que visten fuera de lo que exîge su estado? Por esta razon le dixo uno á un sugeto que vestia con mas luxô de lo que pertenecia

á su estado y circunstancias: *ó llámate como vistes, ó viste como te llamas.*

Con otras reconvenciones intentó reducir á Teresa Sancho, pero concluyó aquella diciendo: haced lo que quisiéredes, y no me quebreis mas la cabeza con vuestras arengas. Encargóle que se llevase á su hijo Sancho; á esto respondió: en teniendo gobierno enviaré por él por la posta, y le enviaré dineros, que no me faltarán; pues nunca falta á los Gobernadores quien se los preste quando no los tienen.

Tambien esta es una verdad, que aunque no lo fuera no dexaria de importar mucho; porque ¿qué se puede esperar de los que tal hacen, esto es, de los que piden prestado? lo que de aquellos Gobernadores que han ido á América

con escrituras de diez y veinte mil pesos, y apénas han llegado las han cancelado los sugetos á quienes venian á pagar lo mismo que si fuesen dos reales y medio. ¡Qué de cosas no podrian decirse sobre el particular! pero se dexan á la reflexîon del curioso; y solo se previene, que no admitan iguales favores los que vayan á gobernar, porque semejantes dádivas no se hacen sino con fines opuestos á la voluntad de Dios, y contra toda justicia.

En efecto ¿quedamos de acuerdo, dixo Sancho, de que ha de ser Condesa nuestra hija? El dia que tal vea haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagais lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mugeres de estar obedientes á los maridos, aunque sean unos porros.

Véase este último punto de Teresa: desde luego en su tiempo pensaban así, como debian, las mugeres casadas: no se oirá tan facilmente hoy una respuesta semejante, y una conformidad igual. Otra prueba de que se han trocado los tiempos: eso de obediencia á los maridos es una ilusion. Esto sería bueno si la Iglesia diera las mugeres á los maridos como siervas, no como compañeras. Esta es la respuesta que he oido á mas de quatro. No se contentan aún con esto de igualdad, sino que pretenden mandar ellas, y que los obedientes sean los maridos. Nada de esto es de extrañar; los mismos hombres tenemos la culpa: afeminados los mas de ellos, les presentamos la adoracion que debian franquearnos ellas. No sabemos las circunstancias con que debe-

mos manifestar la superioridad que sobre ellas tenemos, que nos conceden las leyes divinas y humanas, y de ahí proviene el que ellas quieran ser las señoras, y nosotros los siervos. ¡Buena desgracia! así anda ello. ¡Ha tiempos, ha costumbres de aquellos nuestros antepasados! Buena diferencia hay de aquellos siglos de oro, á estos de plomo. Eran desde luego en todo otros nuestros mayores. Se comportaban de tal manera con sus consortes, que sin dexarlas de amar, se hacian obedecer y respetar. Sin mas que con el exemplo, sin mas que con una mirada contenian á sus mugeres en los límites de lo que no se debian propasar. Atiendase el razonamiento de Sancho, y las respuestas de su muger, y se verá bien á las claras el diverso tratamiento de una parte y otra,

al que se ve en el dia; y esto en una aldea, y entre una gente casi inculta. Los términos, el respeto y la obediencia que indica Teresa con Sancho, es el mismo que deben observar las Señoras en el dia; y de no hacerlo así, se niegan absolutamente á las leyes divinas y humanas: y han de saber que ni aun sobradas de razon tienen derecho para usar de otro modo, ni de otros términos que los que digan la debida sumision á los hombres, como cabezas de toda la familia.

Refiere el Autor que se encerró segunda vez Sancho con Don Quixote, bien á pesar del ama y de la sobrina; y entre otras razones que describe ensarta esta de Sancho: es el caso, dixo, que, como Vm. mejor sabe, todos estamos sujetos á la muerte, y que hoy somos, y

mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo mas horas de vida que las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y quando llega á llamar á la puerta de nuestra vida, siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras.

Véase qué de rodeos, qué de refranes ensarta Sancho solo para decir á su amo que somos mortales. Segun parece no se puede decir de pronto una verdad tan sabida; no puede á las claras, y sin preámbulos recordarse la muerte. Así es; lo general de los hombres se resiste á que se les recuerde que han de morir, y que puede venir muy breve la muerte. Gran dolor; ¡Terrible ceguedad! Estaba

gravemente enfermo uno de aquellos que jamas viéron un contratiempo; ordenó el Médico que se le mandase disponer sus cosas. Los asistentes no se atrevian á darle tal noticia, por el maldito recelo de no incomodar al enfermo, y que no se empeorase: llamáron á un Padre, amigo del tal, para que le diese el aviso: en efecto fué; y para decirle que era forzoso dispusiese sus cosas, le hizo un preámbulo de hora y media. Una palabra no dixo el enfermo hasta que hubo acabado; pero ya que hubo el Padre concluido, preguntó: ¿qué, tan malo estoy? Está bien, y volvióse de cara á la pared. Despidióse el Sacerdote, y no bien hubo salido del aposento quando llamó á su muger, y la dixo: toda tu fatiga es que haga testamento; pues no lo pienses: por lo mismo

no lo he de hacer; bueno es que pretendas acabar á uno á fuerza de sustos. Quiso replicarle la muger; pero él no la dexó diciéndola: anda vete de aquí, embelequera.

Debia uno á un Mercader amigo treinta pesos. Despues de algun tiempo de contraida la deuda le suplicó con modo le hiciera un recibo; pero habiendo añadido á lo último *somos mortales*, se irritó de tal manera el deudor, que bastó para responderle dos mil disparates, y para que quebrase la amistad que tiempos hacia teniän.

¿Podrá darse mayor sinrazon? ¿acáso creemos hacernos por este medio inmortales? Pues no hay aviso que mas nos pueda interesar. Este es el único medio que nos puede contener en los límites de nuestro deber: todo el rodeo de

Sancho se dirigia á pedir se le señalase salario, é hiciese testamento, para que en todos tiempos constase lo que ganaba, y no lo pudiese perder. Desde luego se fundaba Sancho, porque tal aventura podrian hallar, que saliese Don Quixote sin cabeza; y nunca es mala la prevencion.

LA MORAL

De la segunda salida de Sancho con su amo Don Quixote.

Ocurrió el ama al Bachiller Sanson Carrasco para que sirviese de mediador, á fin de que no se pusiese en viage Don Quixote; pero por cierto que no fué sino lo contrario, pues animado con los elogios y ánimos que le daba aquel, saliéron amo y escudero á probar

ventura, dirigiéndose para el Toboso. Llegáron por fin á esta famosa Ciudad, con bastante gozo de Don Quixote, y no ménos melancolía de Sancho, en pensar que sin remedio se descubrian sus mentiras y patrañas. No obstante, el arte todo lo vence, pues pudo Sancho tanto, que ensartando mentiras á mentiras, ardides á ardides, logró zafarse del enredo, sin que Don Quixote viniese á conocer la trampa, haciéndole que partiese para Zaragoza.

Por cierto que bien raras veces sucede que se queden sin manifestar las mentiras. En verdad que no habia cosa mas fácil; pero conveníale á Don Quixote volverse todo creederas para que quedase en su punto aquella. Solo de este modo pudo Sancho haber salido bien con su travesura, y del

aprieto en que se hallaba. Muchos son amigos de la mentira como les tenga alguna conveniencia, y creen como cierto y positivo lo que oyen, como vaya conforme con su modo de pensar, ó con sus deseos. Sin embargo de lo que decia Sancho, como en algun modo lisonjeaba á su amo, no era tan fácil llegarse á disuadir lo mismo que acontece á los Caballeros que no premeditan los fines é intereses de sus Escuderos, quando les proponen alguna cosa, ó les dan alguna noticia.

Pensativo, dice el Autor, que andaba Don Quixote desde que saliéron del Toboso; y que visto por Sancho que andaba tan fuera de sí, que sin sentirlo soltó las riendas de Rocinante, de modo que á cada paso se detenia á pastar la verde yerba, le dixo: Señor, las triste-

zas no se hiciéron para las bestias, pero sí para los hombres; mas si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias. A esto añadió otras razones para animar á Don Quixote, y para que dexase los tristes pensamientos que le afligian.

¿Quién duda que es muy cierto lo que le dixo Sancho á Don Quixote? Quando nos sucede algun avieso, ó no vienen las cosas como apetecemos, nos embiste al instanta la tristeza; y hay sugetos tan cabilosos que no solo, como dice Sancho, se vuelven bestias, sino que ó paran en locos furiosos, ó vienen á morir. Por grande que sea el infortunio, no debe uno desesperar.

Pierde un padre á un hijo, en quien tiene sus esparanzas, en quien hallaba todo su consuelo. No hay duda de que es digno de dolor y

de sentimiento semejante desastre; pero no para perder el juicio ó la vida. Devora el fuego el caudal de otro, y de rico lo sumerge en una dura indigencia; no puede ménos que sentirse el golpe: por último ve uno perdido su honor, punto el mas digno de sentirse: ¿y por esto se ha de entregar á la tristeza? No por cierto. El buen católico, como que sabe que Dios envia trabajos, ya para castigar nuestros pecados, ya para probar nuestro sufrimiento, debe pensar de distinta manera, y creer que injuria al Señor entregándose de tal modo al sentimiento que pierda la salud, y está obligado á llevarlo con paciencia, á ofrecerlo á quien lo ordena y á quien sabe mejorar la suerte de los que llevan con paciencia los trabajos de esta vida. Los motivos de Don Quixote eran

por cierto ridículos; y por otros iguales veo á muchos perseguidos de la melancolía, tanto ó mas mentecatos que el Caballero Manchego. Somos carnales, y debemos sentir, pero no con exceso ni por frívolos acontecimientos, sino los de la naturaleza que he referido, y no de modo que no obre el entendimiento. Para estos casos sirve mucho la reflexîon, y no tiene duda que las consideraciones christianas son el mayor antídoto para evitarla, y mas quando registrada la conciencia, nos abre á veces la causa de tales desgracias, dimanada de nuestra conducta.

LA MORAL

De la conversacion que tuvo Sancho con el Escudero del Caballero de los Espejos.

Mientras Don Quixote se las habia con el Caballero de los Espejos se apartáron Sancho y el otro Escudero para confabular con libertad lo que luego se verá.

Fué el primer punto de su conferencia lamentarse uno y otro de la miserable vida escuderil; pero si el de los Espejos se consolaba con el premio que esperaba, con el mismo sebo olvidaba Sancho las fatigas y amarguras pasadas.

Fué el segundo punto preguntarse el uno al otro si tenia familia, á lo que respondió Sancho, que un hijo y una hija, que se

podian presentar al Papa en persona. Aquí salió aquello de que la criaba para Condesa. Preguntóle aquel ¿qué edad tenia? y le fué respondido que quince años, sobre dias mas ó ménos; y que era tan grande como una lanza, fresca como una mañana de Abril, y que tenia una fuerza como un ganapan. ¡O hi de puta, y que rejo debe de tener la bellaca! dixo el del Bosque. A esto respondió Sancho algo mohino, segun refiere el Autor: ni ella es puta, ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras yo viviere; y háblese mas comedidamente, que para haberse criado Vm. entre Caballeros Andantes, que son la misma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras. ¡O qué mal se le entiende á Vm., replicó el del

Bosque, de achaque de alabanza, señor Escudero! ¿Cómo, y no sabe que quando un Caballero da una buena lanzada á un toro, ó alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: ó hi de puta, puto, y que bien que lo ha hecho; y aquello que parece vituperio en aquel término, es alabanza notable? y renegad vos, Señor, de los hijos é hijas que no hacen obras que merezcan se les den á sus padres loores semejantes. Sí, reniego, respondió Sancho, y de ese modo, y por esta misma razon podia echar Vm. á mí, y á mis hijos, y á mi muger una putería encima, porque todo quanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas.

No decia mal el del Bosque que estaba introducida esta usanza, y

aun en el dia subsiste, no solo entre la gente escuderil, sino aun entre alguna que debia tener ó manifestar otra crianza. No es tan comun, mas es reprehensible mayormente entre Caballeros Andantes. ¿Quántas veces he visto al encontrarse dos amigos que hace tiempo que no se viéron, expresiones dignas de ser desterradas del idioma castellano, y del comercio de las gentes de algun viso, como son: ¿de dónde demonios sales? ¿á dónde has estado, maldito? y esto abrazándose, y tal vez besándose uno y otro lado? otra costumbre nueva, que nos ha venido de los infiernos, para acreditarnos de afeminados, y nada hombres. Si Sancho reprehendió con justicia á su amigo, ¿con quánta mas razon no son dignos de lo mismo los Caballeros Andantes

que andan por sus pies, y gastan igual ó peor modo de pensar y producir que el Escudero de los Espejos?

Ruego yo á Dios, siguió diciendo Sancho, que me saque de pecado mortal, que lo mismo será, si me saca de este peligroso oficio, en el qual he incurrido segunda vez, cebado de una bolsa con cien escudos que me hallé en Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá, no sino acullá, un talego lleno de doblones que me parece que á cada paso le toco con la mano, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un Príncipe; y el rato que en esto pienso se me hacen fáciles y llevaderos quantos trabajos paso con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene mas de loco que de Caballero.

Admirábame ya yo de que durase tanto la conversacion entre ambos Escuderos sin desollar á sus amos: ya empezó Sancho, pues ya no ha de ser otro el objeto de su conversacion. Quisiera poder averiguar de dónde nace esta perversa costumbre de los Escuderos de pasar horas enteras murmurando de sus amos, meneando los últimos escondrijos de sus acciones, y por lo general devorando su crédito, y si es menester su honra. Se encontráron dos criadas en la calle, ó sea en una visita, y á un quítame allá esas pajas, allá va el honor de sus amas: desdichadas si se han deslizado un ápice en su presencia, que luego es en sus lenguas una montaña. Esta es la razon por que los amos y señoras amas debian de cautelarse de sus escuderos y escude-

ras, debian de no fiarse de ellas, y por último debian de vivir mas precavidas. No sé en qué fundan el silencio de quien por naturaleza no pueden callar. No basta el que vean que la estimacion de muchas casas y familias anda por los suelos, por las lenguas de los criados y criadas, que no solo no lo miran como pecado, sino que piensan hacer una de las grandes obras de misericordia. ¿Pues por qué no se ha de vivir con precaucion? ¿Por qué los amos y amas se han de dexar llevar de las confianzas, y las criadas y criados de la poca proximidad que guardan acerca de sus señores y señoras?

Por esto, respondió el del Bosque, dicen que la codicia rompe el saco, y si se va á tratar de ellos, no hay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos

que dicen: *cuidados agenos matan al asno*; pues porque cobre otro Caballero el juicio que ha perdido, se hace él loco, y va buscando lo que no sé si despues de hallado le ha de salir á los hocicos.

En esto de codiciosos y amigos de sudar cuidados agenos no hay que hablar, porque de las tres partes del mundo humano, las dos padecen de la misma dolencia: así es, que la primera falta que hallan los Escuderos á sus amos es la codicia, porque la otra anda ménos escasa, á lo ménos se encuentran pocos que padezcan por los cuidados agenos. En el dia lo que ménos importa es la salud, honra &c. del próximo. Todo lo que sea compadecerse de boca, y no de obras, es muy comun; y cuidado que no sea motivo la desgracia del amigo para que se publiquen sus faltas.

Dicen: fulano el pobre me da lástima, ¿quién habia de creer que tal le sucediese, pero en mucha parte tiene él la culpa, por querer extender mas la manta de lo que podia alcanzar, por querer gastar tanta vanidad: y allá van tantos pores como pudiéron haber visto ó imaginado contra aquel infeliz. Estos son hoy los cuidados agenos. No se trate de remediar, porque no hay tal en el mundo.

¿Es enamorado? preguntó Sancho. Sí, dixo el del Bosque, ya se ve, sería un milagro que hubiese un Caballero Andante en el mundo que no lo fuese, porque ya setentones aun no se trata de recogerse. Lo mismo es ver á una moza de medianas vigoteras, que ya se les olvidó la edad, y se volviéron de quince años. Pues si esta buena gracia tienen los Caballeros An-

dantes viejos, ¿que no será de los jóvenes?

No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezon ó barranco; en otras casas cuecen habas, y en la mia á calderadas: mas acompañados debe de tener la locura que la discrecion. Mas si es verdad lo que se dice, que el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio, con Vm. podré consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque, y mas bellaco que tonto y que valiente. Eso no es el mio, respondió Sancho, mas tiene una alma como un cántaro; no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del dia, y por esta sencillez le quiero

como á las telas de mi corazon, y no me amaño á dexarle por mas disparates que haga. Con todo eso, dixo el otro, si un ciego guia á otro ciego, ámbos van á peligro de caer en el hoyo.

Por cierto que aquel andaba mas discreto; pero nada hallo mas recomendable que el amor de Sancho. Se conoce que era Escudero leal, y que pocos se hallarán que le igualen. En medio que tenia todas las circunstancias de los demas Escuderos, no gustaba de que le tocasen cosa en que perjudicase el crédito de su amo: propiedad que debian manifestar todos.

Dormidos quedáron los dos Escuderos, segun refiere el Autor, mas bien de resultas de los vapores del vino, que del olor de las flores. Luego que los dispertáron trata el del Bosque de reñir con Sancho;

pero empeñóse Sancho en parecer pacífico; justo escarmiento de las pasadas refriegas, y mucho mas el observar las monstruosas narices del otro Escudero, que segun parece le metiéron tanto miedo, que se quiso trepar á un árbol para no verlas. Descubrió luego Sancho que el Caballero era el Bachiller Sanson Carrasco, y que el Escudero era Tomé Cecial, vecino de su aldea, á pesar de no haberlo creido así su amo; y tuvo unos dias de Pasqua en la casa de Don Diego, y de boda en la de Camacho. Pensaba Sancho que bastaba que Camacho fuese rico para que fácilmente diera el sí Quiteria, no obstante aquello de que daba Basilio tales muestras de tener apasionado el corazon, que temian todos que al dar el sí al dia siguiente la hermosa Quiteria,

sería la sentencia de su muerte. Dios lo hará mejor, dixo Sancho, pues Dios, que da la llaga, da la medicina: nadie sabe lo que está por venir: de aquí á mañana muchas horas hay, y en una, y aun en un momento, se cae una casa, y yo he visto llover y hacer sol, todo á un mismo tiempo: tal se acuesta sano por la noche, y no se puede mover al otro dia. Y dígame, ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un clavo á la rodaja de la fortuna? No por cierto, entre el si y el no de la muger no me atreviera yo á poner la punta de un alfiler, porque no cabria. Denme á mí que Quiteria quiera de buen corazon y de buena voluntad á Basilio, que yo le daré un saco de buena ventura.

Incomodóse Don Quixote, y aun reprehendió á Sancho por la

sarta de refranes que vomitó en un instante; y por cierto que bien mirado no dexaban de caer como una piedra á su centro.

Nunca mejores dias para Sancho que los de la boda de Camacho, porque andaba corriente el gaudeamus. Nunca creo que llevó mas reprehensiones de Don Quixote por demasiado hablar; eso tiene el rellenar la barriga los Escuderos, y si al gaudeamus se agrega el vino, que por precision debia de andar sobrado, como sucede en toda boda, tanto ménos era de admirar. Oia Sancho los consejos que decia Don Quixote daria á todo el que se quisiera casar, y echó á murmurar á solas, y no tan baxo, que no lo oyese su amo, por lo que le dixo: ¿qué murmuras Sancho? Nada, Señor, solo estaba diciendo entre mí que quisie-

ra haber oido ántes de casarme lo que Vm. ha dicho, que quizá dixera yo: el buey suelto bien se lame. ¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dixo Don Quixote. No es muy mala, respondió, pero no es muy buena, á lo ménos no es tan buena como yo quisiera. Mal haces, Sancho, replicó Don Quixote, en decir mal de tu muger, que en efecto es madre de tus hijos. No nos debemos nada, respondió Sancho, que tambien ella dice mal de mí quando se le antoja.

¡Qué pocos matrimonios se hallarán que no tengan las mismas gracias que se acaban de leer de Sancho y su Teresa! No creo que puedan darse mayores pruebas de necedad y de imprudencia. El marido que saca las faltas de su muger á la calle, es mas que mentecato; y la muger que publica las

de su marido, mas que necia. El hombre y la muger prudentes procuran ocultar, y no publicar defectos de sus consortes, y mucho mas quando recaen en deshonor de los mismos que vocean lo que debian ocultar: tambien es un error bien extraño el que se pongan marido y muger á dar voces sacándose á la cara los defectos personales, y los del linage, publicando á veces lo que se ignoraba. ¿Podrá darse mayor falta de juicio, de sinrazon? Los que viven con un tanto de cordura, aun en el caso de tener entre sí alguna indisposicion, procuran que nadie lo entienda. Estas son á veces mañas que las adquieren los hijos de los padres; si se adquieren buenas estas, como las que acabo de referir, buenas se sostienen luego que se ven en estado; pero si malas, ya se

ve, malas. Quando no fuese mas que evitar el escándalo y mala doctrina que dan á los hijos, debian contenerse, ya que no lo hagan por la vecindad y por su mismo honor.

Nunca las dichas suelen durar mucho: dias grandes pasó Sancho en casa de Don Diego y en las bodas de Basilio; desde luego hubiera él querido que hubiera sido perenne aquella dicha; mas habia de suceder la aventura de las guerras del rebuzno para que se convirtiera en hiel la miel que se habia ya acabado. ¿Quién le meteria á Sancho á rebuznar? desdichados rebuznos, pues en tal estado le pusiéron, que ni por sí pudo montar á caballo; fué necesario que su amo le ayudase. Esto le sucede al que se mete y entremete á donde no le llaman; al que introducido de redentor sa-

le crucificado. En riñas y competencias agenas nadie se debe meter, á no ser que sepa que le han de respetar por sus circunstancias: dice el Autor que se quejaba Sancho ya con ayes, ya del poco amparo que halló en su amo; á fe, señor amo, le decia, que el mal ageno de pelo cuelga, y cada dia voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con Vm. tengo; porque si esta vez me ha dexado apalear, otra y otras ciento volveremos á los manteamientos de marras. Así siguió diciendo las mil cosas que se leen en el Autor.

En algun modo le sobraba la razon á Sancho para lamentarse del poco consuelo que hallaba en Don Quixote. Parece que este es un extremo opuesto al de muchos amos, que hacen á sus criados in-

solentes y atrevidos por protegerlos demasiado, y por sacar la cara por ellos aun en frioleras. No hay duda; es este un abuso tan general, que no se vió en los tiempos pasados, en los que los señores amos ponian todo su esmero en enseñar á sus domésticos la humildad, la cortesía, y la atencion con todo el mundo; porque decian: por los modos del criado se conoce el amo. Ni cosa peor puede hacer un Caballero que salir al frente á qualquier tropiezo que tenga el criado: aun en el caso de tener razon, se le debe reprehender, mayormente no siendo asunto de entidad.

De este modo se libertarian muchos amos de muchos disgustos que sacan de las muchas alas que dan á sus domésticos: ellos serian mas contenidos, y cuidarian de evitar los encuentros.

Enfadóse Don Quixote al oir que se queria volver Sancho á su casa, y le dixo tales cosas, que dice el Autor que Sancho echó á llorar, y que con voz enferma le dixo: Señor mio, yo confieso que para ser del todo asno no me falta mas que la cola; si Vm. quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los dias de mi vida: Vm. me perdone, y se duela de mi mocedad, y advierta Vm. que sé poco, y que si hablo mucho, mas parece de enfermedad, que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda. Con esto aplacó la cólera de Don Quixote, que era de tan buen natural, que al instante se compadecia de las miserias de los hombres, especialmente de su amado Sancho, como hacen y deben hacer los Caballeros.

Tampoco fué tan feliz para Sancho la aventura de los Molinos, y del Barco encantado, porque se vió semiahogado y afligido con las desdichas que ofrece la navegacion, aunque fué tan corta como pasar de una banda del rio á otra, segun Sancho; y de miles de leguas, segun Don Quixote: esto le sucedió á Sancho por ser obediente, fundado en aquel refran que dice: has lo que tu amo te manda, y comerás con él á la mesa. No tiene duda que la obediencia en todo el que sirve le hace acreedor á toda atencion y beneficio, y mas si sirve y obedece con la ceguedad de Sancho, que á pesar de ver que eran todos disparatados los mandamientos de su amo, no por eso dexa de hacer lo que le manda. Santa leccion para todo sirviente.

LA MORAL

De Sancho Panza en los Capítulos correspondientes á lo que le pasó con los Sres. Duque y Duquesa.

Dice el Autor que ya Sancho se hallaba mas que satisfecho de las locuras de su amo y de sus aventuras, por tanto no esperaba mas que ocasion en que desgarrar con él, y volverse á sus pasteles; pero la suerte le deparó una cazadora de altaneria, que segun se ve dió ocasion á que olvidara el Escudero los contratiempos pasados, y asimismo los deseos de retirarse á su casa.

Dióle pues Sancho la embaxada que tan atento le habia mandado su amo, la que recibió ella con tanto gusto y aplauso, que pasó

luego lo que refiere la Historia.

Sentóle á Sancho bien la hermosura y gallardía de la Señora Duquesa; y al decir el Duque á Don Quixote: pasito, mi Señor Don Quixote de la Mancha, que á donde está mi Señora Dulcinea del Toboso, no es razon que se alaben otras hermosuras, saltó Sancho Panza y dixo: no se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi Señora Dulcinea del Toboso, pero á donde ménos se piensa se levanta una liebre; que yo he oido decir, que esto que llaman naturaleza es como un alcaller que hace vasos de barro; y el que hace uno hermoso, tambien puede hacer dos, tres, y ciento; dígolo por mi Señora la Duquesa, que no va en zaga á mi ama la Señora Dulcinea del Toboso.

Sabia muy bien Sancho que es-

te era el medio de captar la proteccion de la Duquesa, pues no sé qué tiene la lisonja que tanta impresion hace en las Señoras mugeres, y mucho mas siempre que se trate de exâgerar la hermosura y demas perfecciones: aun en el mas inocente, como lo era Sancho, se deben traslucir las ideas que pueden mover á la alabanza. Deben las Señoras siempre vivir alarmadas para no dexarse llevar de las alabanzas de los hombres, porque las mas de las ocasiones traen sal y pimienta. Dixo la Duquesa quando Sancho se empeñó en contar aquel cuento del convite del hidalgo de su tierra: por vida del Duque, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto; quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto. Miren si hacia el efecto la adulacion de Sancho.

Discretos dias, dixo este, viva vuestra Santidad, por el buen crédito que de mí tiene, aunque en mí no lo haya. Acabó su cuento, aunque con algunos tropiezos, diciéndole al labrador, que se preciaba de cortés, por ver que no queria tomar el asiento que el convidante le daba: sentaos, maja-granzas, que á donde quiera que yo me siente será vuestra cabecera: lo que aplicado á Don Quixote con respecto á las instancias del Duque, fué un mas que mediano golpe para abochornarle. Y es una leccion para que nadie sea molesto en recibir un favor igual, y que no sea la resistencia mas que para manifestar la humildad, reconocimiento y atencion, porque lo demas es grosería. Por esta razon se sentó Sancho á las pocas instancias que le hizo la Duquesa, de puro bien

criado, y mas quando se lo dixo con estas palabras: sentaos como Gobernador, y hablad como Escudero; puesto que por entrambas cosas mereceis el mismo escaño del Cid Ruiz Diaz Campeador.

Entre otras preguntas que hizo á Sancho la Duquesa dixo: de lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma que me dice que pues Don Quixote es loco, menguado y mentecato, y Sancho lo conoce, y con todo eso le sirve y le sigue, sin duda alguna debe de ser él mas loco y tonto que su amo; y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, Señora Duquesa, si al tal Sancho le das Insula que gobierne; porque el que no sabe gobernarse á sí, ménos sabrá gobernar á otros.

Por Dios, Señora, respondió

Sancho, que ese escrúpulo viene como parto derecho. Yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto dias há que habia de haber dexado á mi amo; pero somos de un mismo Lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel; y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de ménos nos hizo Dios, y podrá ser que se verificase en mí aquel refran: por su mal le naciéron alas á la hormiga; y aun podrá ser que fuese mas ahina Sancho Escudero al Cielo, que no Sancho Gobernador: tan buen pan hacen aquí como en Francia; y de noche todos los gatos son pardos, y asaz desdichada es la persona que á las tres de la tarde no se ha desayunado; y no hay estómago que sea un

palmo mayor que otro, y se puede llenar de paja ó de heno, y las avecitas del campo tienen á Dios por su proveedor, y mas calientan dos varas de paño de Cuenca, que quatro de limiste de Segovia; al dexar este mundo, por tan estrecha senda va el Príncipe como el jornalero; no ocupa mas pies de tierra el Papa como el cuerpo del Sacristan: y vuelvo á decir que si V. S. no quiere darme la Insula por tonto, yo sabré no darseme nada por discreto; y he oido decir, que detras de la cruz está el diablo, que no es todo oro lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacáron al labrador Wamba para ser Rey de España; y que de entre los brocados, pasatiempos y riquezas sacáron á Rodrigo para ser comido de culebras.

Pocas son las cosas que quiso decir Sancho: cada refran es una sentencia, y cada dicho es un axîoma, del que pueden deducirse millares de reflexîones útiles. Quiso Sancho dar á entender, que si bien deseaba gobierno, no era con tanta ansia, que de no conseguirlo tuviese el menor pesar, en consideracion de que no por verse Gobernador mudaba de ser, ni ménos se libertaba de las miserias humanas.

Con esto dió á entender á los ambiciosos, que regularmente anhelan á una vida llena de cuidados, y peligrosa para el alma, que es preferible la que se disfruta sin cargos ni responsabilidad, como la del labrador á la de un Gobernador.

Por esto dice el Autor, que admirada la Duquesa de las razones

y refranes de Sancho, mudó de idea diciéndole: ya sabes, Sancho, que el buen Caballero procura cumplir lo que una vez promete, aunque le cueste la vida; así cumplirá el Duque lo que os tiene prometido: lo que yo le encargo es que mire como gobierna sus vasallos, advirtiendo que todos son leales y bien nacidos. Eso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no hay para qué encargármelo, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compasion de los pobres; y á quien cuece y amasa no hurtes hogaza; soy perro viejo, y entiendo todo tus tus; dígolo porque los buenos tendrán conmigo mano, y los malos ni pie ni entrada.

Desde luego son estas circunstancias dignas de todo Gobernador, y de serlo todo sugeto que las tenga, y mas si no consienten

en los ojos musarañas, como decia Sancho que no consentia.

No le acomodaba á Sancho la caza de jabalíes, y por esto la reprobaba á pesar de persuadirle Don Quixote, y de convencerle el Duque; trepábase en los árboles lleno de miedo por no dexar de seguir en todo las costumbres escuderiles. Conocida por el Duque esta debilidad de Sancho le dixo: mudad, ó Sancho, de opinion, y quando seais Gobernador ocupaos en la caza, y vereis como os vale un pan por ciento. Eso no, respondió Sancho, el buen Gobernador la pierna quebrada, y en casa. Bueno sería que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose; así en hora mala andaria el Gobierno. Mia fe, Señor, que la caza y los pasatiempos mas han de

ser para los holgazanes que para los Gobernadores; en lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado las Pasquas, y á los bolos los Domingos y fiestas; que esas cazas ni cazos no dicen con mi condicion ni hacen con mi conciencia. Díxole á esto el Duque: plegue á Dios, Sancho, que así sea, porque del dicho al hecho hay gran trecho. Tambien soy yo de dictámen que los Gobernadores, ni los que tienen oficios públicos en la república, no deben apartarse de la Ciudad ó pueblo mas que un tiro de ballesta; y la razon es tan clara, que no se necesita de respuesta.

Haya lo que hubiere, replicó Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas; y mas vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga, y tripas llevan pies, que

no pies á tripas......Maldíxole Don Quixote por estos refranes, pero la Duquesa los halló sentenciosos y de su gusto, y bastaba esto.

Ni el mandamiento de Merlin, ni las súplicas mezcladas con preceptos de Don Quixote, ni las reconvenciones del Duque de que no habria gobierno, ni las dulces palabras de la Duquesa, pudiéron alcanzar de Sancho que se diese los azotes desencantadores de su amo y Señora Dulcinea; pero sí el que ofreciese dárselos, aunque fuese para jamas cumplirlo, lo que prometia; porque en esto de cumplir cosas que perjudiquen, nadie se atiene, mas que haya tal vez mediado juramento; á lo ménos esta es la costumbre del dia.

Escribió Sancho su carta para su muger, la misma que puede leer qualquiera que quisiere en la

Historia: se llevó á la Duquesa, y solo puso en ella dos reparos; el primero que se le daba el gobierno por los azotes, y el segundo por manifestar que era codicioso; y añadió la Duquesa: no querria que orégano fuese, porque la codicia rompe el saco; y el Gobernador codicioso hace la justicia desgobernada. Vió muy bien Sancho que la Duquesa tenia razon, y en efecto no puede darse tacha peor que la codicia en un Gobernador, porque es capaz de vender hasta su propio honor, que es lo mismo que vender la justicia.

Consintió Sancho en montarse sobre las ancas de Clavileño despues de haberse resistido largo tiempo, lo primero porque creia muy poco de lo que se le decia, y muy mucho de las locuras que veia; y siempre perseguido del

miedo se atenia sin embargo á la obediencia que guardaba á su amo. Esta condescendencia le valió el gobierno que se le habia prometido, pues el dia despues del vuelo de Clavileño dixo el Duque á Sancho que se aliñase y compusiese para ir á ser Gobernador, que ya sus Insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo. Dice el Historiador que Sancho se le humilló, y dixo: despues que baxé del cielo, y despues que desde su alta cumbre miré la tierra, y la ví tan pequeña, se templó en parte en mí la gana de gobernar, porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza? ¿ó qué dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres tamaños como avellanas, que á mi parecer no habia mas en toda la tierra.? Si vuestra Señoría fuese ser-

vido darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese mas de media legua, la tomaria de mejor gana que la mayor Insula del mundo.

Esto es lo que debemos todos codiciar, no gobiernos ni Insulas; esta es la verdadera felicidad; todo lo demas no pasa de un engaño, de un pasatiempo, de un paso de comedia: los mandos y los gobiernos son hoy, y mañana no; se desvanecen como el humo; y las mayores historias, los mayores aplausos, y la mas remontada felicidad de esta vida, no pueden compararse con el tanto de una uña del cielo, que no le podia dar á Sancho el Duque; y por eso dixo que solo á Dios estaban reservadas estas mercedes y gracias. Lo que puedo dar os doy, respondió el Duque, que es una Insula; si

vos os sabeis dar maña, podreis con las riquezas de la tierra grangear las del cielo.

Sin duda que si por justos medios se consiguen las riquezas, pueden servir ellas de escalones para el cielo. Nadie puede saber las necesidades de los Insulanos pobres; socorriéndolas entónces sí que se puede conseguir con mucha facilidad el pedazo de cielo que se solicita. Sobran siete quartas de tierra para un Gobernador, por grande y rico que sea, lo mismo que para el mas infeliz; y se gana todo un cielo haciéndose justo y misericordioso, y protector del pobre.

Ahora bien, respondió Sancho, venga la Insula, que yo pugnaré por ser tal Gobernador, que á pesar de bellacos me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo

tengo de salir de mis casillas, ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á qué sabe el ser Gobernador.

Con estos deseos se deben apetecer los gobiernos; pero no es semejante objeto el que excita á muchos á pretenderlos, y si alguno se ve aminado de ellos, en llegándolo á probar se trastornan las ideas, y se trastornará en abismos de pasiones; por esto le dixo el Duque á Sancho: si una vez lo probais, Sancho, comeros habeis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar aunque sea un hato de ganado. No hay cosa mas sabrosa, pero tampoco la hay mas delicada, peligrosa y expuesta. Esto no es lo que se mira: mande yo, sea tuerto ó derecho, que atras viene quien lo endereza: es una carga muy

pesada, llena de responsabilidades, tanto á Dios como al Rey y á los demas hombres; es menester que tenga todo lo de Dios el que cumple exâctamente con sus obligaciones. Mañana habeis de partir, le dixo el Duque, para el gobierno, y esta tarde os acomodarán el trage conveniente. Vístanme, dixo Sancho, como quieran, que de qualquiera manera que vaya vestido seré Sancho Panza. No hay duda que no deben de mudar los vestidos la condicion y circunstancias del hombre; pero es tal y tanta su miseria, que no se liberta de esta flaqueza. Se ven algunos que solo con el vestido ya se transfiguran en Heliogábalos, en Nerones, pero esto no prueba otra cosa que poco juicio, y ménos disposicion para gobernar.

Díxole tambien el Duque: los

trages se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa, y así vos ireis vestido parte de Letrado, y parte de Capitan, porque en la Insula que os doy, tanto son menester las armas como las letras. ¡Ha, qué verdad tan cierta, por mas que dixera Sancho baste que tenga el Cristus en la memoria para ser buen Gobernador! no basta esto, porque muchas veces suele estar el engaño donde la confianza. A lo ménos quando no hay letras, y hay unos quintales de claridad de entendimiento, otros de desconfianza de ser engañados, y otros de consultar con mas de uno, quasi es imposible dexar de acertar, y ménos es factible el error.

En estas razones dice el Autor que llegó Don Quixote, y vista la proxîmidad del viage, dice que lo encerró en un aposento, y que le

hizo tomar asiento, y que le instruyó en la forma y modo que dexo expuesto en la *Moral de Don Quixote*: no obstante se pasó allí por alto el razonamiento que hubo, como de exòrdio, á los consejos, y por tanto no me parece bien dexarlo pasar, que tiene un tanto de meollo revuelto con alguna gracia: fué así como empezó Don Quixote.

Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á tí á recibir y á encontrar la buena ventura: yo, que en mi buena suerte te tenia librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme; y tú, ántes de tiempo, contra la ley del razònable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan,

ruegan y porfian, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni quándo se halla con el cargo que otros muchos pretendiéron.

Esto mismismo me sucedió á mí: dos años y medio andube visitando antesalas, sino es que fuéron algunos zaguanes, esperando dos y tres horas, gastando el tiempo en idear proyectos, y discurrir memoriales; y al cabo y al fin logré por donde pretendia que se pidiera informe: maldita la cosa mas, porque si lo diéron contra mí, sería tan justo como la sentencia que dió á Christo Pilatos; y esto que tenia veinte y tres años de méritos de haber servido bien y sin reprehension al Rey, y ademas ciertos servicios independientes de mi carrera, que en otras manos hubiera merecido el premio que dixo un

Director de Ingenieros al haber exâminado una obra mia: *Es el Autor acreedor á toda la gracia que se digne hacerle S. M. &c.* Bien dixo Don Quixote, que allí, como acá, sentaba muy bien el dicho: *que hay buena y mala fortuna en las pretensiones*: y ademas añado, hablando por mí, que desde luego considero que una mano secreta y poderosa cierra las puertas á los corazones de los Ministros para desatender á algunos en castigo de sus culpas, pues no puedo hallar otra causa.

Tú, que para mí eres un porro, prosiguió Don Quixote, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin mas ni mas te ves Gobernador de una Insula, como quien no dice nada. Todo

esto digo, ó Sancho, porque no atribuyas á tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y despues las darás á la grandeza que en sí encierra la profesion de la caballería andante. Dispuesto pues el corazon á creer lo que te he dicho, está, ó hijo, atento á este tu Caton, que quiere aconsejarte, y ser norte y guia que te encamine, y saque á seguro puerto de este mar proceloso donde vas á engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son mas sino un pozo profundo de confusiones.

Con esto acabó Don Quixote su preludio, y empezó con los consejos ya moralizados en el séptimo Libro. Dexando en blanco las respuestas y reconvenciones que dió Sancho á su amo, describiremos

la conclusion de Don Quixote, y la respuesta de su Escudero, para beneficio de todo pretendiente de Gobernador.

Por ahora, dixo Don Quixote, esto se me ha ofrecido aconsejarte; andará el tiempo, y segun las ocasiones, así serán los documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares.

Señor, respondió Sancho, bien veo que todo quanto Vm. me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; pero ¿de qué han de servir si de ninguna me acuerdo? será menester se me den por escrito, que puesto que no sé leer ni escribir, yo se las daré á mi Confesor para que me las encaje y recapacite quando fuere menester. ¡Ha pecador de mí, respondió Don Quixote, y qué mal parece en los Gobernadores el no saber leer ni

escribir! Porque has de saber, ó Sancho, que no saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye una de dos cosas, ó que fué hijo de padres pobres demasiado de humildes y baxos, ó él tan travieso y malo, que no pudo entrar en el buen uso ni en la buena doctrina.

Ya, gracias á Dios, no llega el caso que sea Gobernador quien no sabe á lo ménos leer y escribir. En esta parte es tanta la diferencia de ilustracion á los tiempos pasados, segun la mala pluma del Abate Mongon, como de la noche al dia, aunque bien se conoce que no podia pagar el mencionado Abate los muchos beneficios que recibió en España sino con una ó muchas ingratitudes de esta naturaleza. ¿En quántos pueblos de este pais se hallaria en el dia quien no supiese leer? Como en la era

de Don Quixote ya sabian leer todos los Gobernadores, lo mismo que ahora tres siglos, por esto llevaba á mal que Sancho careciese de una circunstancia tan importante: por tanto dixo Sancho: para todo hay remedio sino para la muerte; fingiré que estoy tollido de la mano derecha, y firmará otro por mí, y teniendo yo el mando y el palo haré lo que quisiere; quanto mas, que el que tiene el padre Alcalde, y siendo yo Gobernador, llegaos que la dexan ver, no sino popen y calloñenme, que vendrán por lana, y volverán trasquilados; y á quien Dios quiere, bien la casa le sabe; y las necedades del rico, por sentencias pasan en el mundo: no, si no haceos de miel, y paparos han moscas; tanto vales quanto tienes; y del hombre arraygado no te verás venga-

do. A esta multitud de refranes añadió estos quatro: entre dos muelas cordales nunca pondrás tus pulgares; y á iros de mi casa, y qué quereis con mi muger, no hay que responder; y si la piedra da en el cántaro, mal para el cántaro. Por mas que indisplicentáron á Don Quixote por parecerle fuera de blanco, no obstante, bien considerado, son sentencias que con facilidad pueden aplicarse á la materia de que se trata, como lo hace el mismo Sancho diciendo, que nadie se tome con su Gobernador, ni con el que le mande, porque saldrá lastimado como el que pone dos dedos entre dos muelas cordales; y á lo que dixere el Gobernador no hay como el salir de mi casa, y qué quereis con mi muger: pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá.

Con tu señor no vayas á partir peras: este es otro refran, que se le escapó á Sancho: todos vienen á lo mismo, de media vara mas ó ménos: y es una verdad, ó son unas verdades, que los mas que no las quieren entender á buenas, vienen á conocerlas malas; y mucho mas si está de su parte la razon y la justicia. Esta es una piedra que para moverla, aun en caso de hallarlo lastimado, debe ser con mucho tiento y circunspeccion, y nunca puede traer buenas conseqüencias si no gobierna la prudencia. Las altercaciones con los que mandan ó gobiernan siempre son peligrosas: no hay medio como la ciega obediencia, y luego representar con atencion y respeto; y de no resultar remediada la injusticia, ocurrir á tribunal superior, donde la verdad y la razon tienen

luguar sin ser menester estrépito.

No habia aun Sancho acabado con sus refranes, y por tanto añadió los siguientes: así dixo, que era menester que el que ve la mota en el ojo ageno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él, espantóse la muerte de la degollada; y Vm. sabe bien que mas sabe el necio en su casa que el sabio en la agena. Es verdad que este refran le destruyó Don Quixote en dos palabras, porque á la verdad el necio no puede saber en la suya ni en la agena; pero no el primero. Ténganos Dios de su mano: quasi todos coxeamos por este extremo; no vemos en nosotros necedades, porque jamas las inspeccionamos; y un descuido de otro, por leve que sea, no solo nos incomoda, sino que le publicamos si está oculto. ¡Quán útil y ven-

tajoso nos sería que todas las mañanas al levantarnos escudriñásemos todas nuestras acciones y pensamientos! ¡Qué de bienes no nos resultarian! Entónces caeriamos pocas veces, y tropezariamos ménos, porque viendo nuestras vigas, ¿qué estorbo nos habian de hacer las pajas agenas? Díxole Don Quixote á Sancho que se temia que habia de dar con toda la Insula en tierra, y que toda su gordura y personilla, no era otra cosa que un costal lleno de refranes, y de malicias. Señor, replicó Sancho, si no soy de pro para ese gobierno, desde aquí lo suelto, y así me sustentaré Sancho á secas con pan y cebollas, como Gobernador con perdices y capones; y mas, que mientras se duerme todos son iguales: y si Vm. imagina que por ser Gobernador me ha de llevar el

diablo, mas quiero ir Sancho al cielo, que Gobernador al infierno. Cautivó esta última razon á Don Quixote; y por cierto que tanto esta como la antecedente, que al dormir todos eran iguales, nos debian contener en nuestra ambicion, y en otros castillos que levantamos en nuestros cascos. Todos los empleos, todas las dignidades, todos los honores no son capaces de contribuir en un ápice á quanto sea uno mas feliz que otro: todos estamos igualmente expuestos á las miserias y flaquezas humanas; y por último solo aquel nos aventaja que nos supera en virtudes: solo este es el feliz, y el que está mas libre de los sentimientos comunes y generales en toda nacion, en toda edad, y en toda estacion.

LA MORAL

Del viage de Sancho para la Insula; y de las aventuras que le sucedieron en el gobierno.

Así es como pinta el Historiador la salida de Sancho para su gobierno. Salió Sancho acompañado de mucha gente, y vestido á lo Letrado, y encima un gavan muy ancho de camelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho á la gineta, y detras, por órden del Duque, iba el Rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes: volvia Sancho la cabeza de quando en quando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara por el Emperador de Alemania. Al despedirse

de los Duques les besó las manos, y tomó la bendicion de su amo, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos.

Dos cosas son dignas aquí de moralizar: la primera el haber vestido á Sancho de Letrado, y la segunda la bendicion que recibió de su amo. Era digna de alabar aquella costumbre de no salir de casa los hijos ni los criados sin recibir la bendicion de sus padres ó amos; y bastaba que fuese tan buena y tan santa para que ya se vea olvidada en estos nuestros tiempos. No digo los criados de sus amos, pero ni los hijos de sus padres reciben una señal tan saludable, y que puede decirse que aseguraba la felicidad en el viage y en las empresas. Manifestaba en primer lugar un acto de superioridad, y otro de humildad y obe-

diencia; y todo esto con la fórmula que se acostumbraba, en el nombre de Dios, no se puede dexar de ver que era un poderoso aliciente para el favor de Dios. Ahora se ha huido este buen uso con otros de esta misma naturaleza; ahora se han de ir los hijos sin despedirse para no sentir, y se han de despedir los criados quizá con una maldicion. ¡Triste estado de las costumbres presentes! Ha buen Sancho, tú das exemplo y márgen para que el que lea tu Historia se admire de ver tu siglo, y se conduela de mirar el presente. ¿Qué cosa puede hacer un padre mas agradable á los ojos del linage humano que despedir á su hijo echándole la santa bendicion? ¿y qué cosa mas apreciable puede recibir un hijo que la bendicion de su padre? Por un lado hace pú-

blico que es gustoso el padre en la salida del hijo; y por otro recibe indispensablemente el auxîlio del cielo para su prosperidad. ¿Si vendrán de este olvido malicioso las presentes desdichas y desgracias de los hijos y de los criados? Ya entónces señalaban á los domésticos como á hijos, y como á tales los armaban con la bendicion, como que les deseaban todo bien. ¿Por qué se ha de haber abandonado un uso tan recomendable? ¿por qué no se ha de establecer de nuevo? ¡ha padres! ¡ha amigos! haced porque renazca esta virtud; no dexeis que se separen de vuestro lado ni unos ni otros sin armarlos con el preservativo de la bendicion. Creed que es preservativo de los mas poderosos que puede inventar el hombre. Acompañados del Señor ¿qué se puede temer?

sin su compañía ¿qué bien se puede esperar? Volved, volved á abrazar un exemplo que nos diéron nuestros mayores. Ved que es santo, benéfico y divino.

En quanto al otro punto, esto es de haber vestido de Letrado á Sancho botijon, sin mas letras que su Rucio, digo que fué una bella disposicion, porque á lo ménos ya que era lego no lo pareciera; esto es pareciera Letrado sin serlo, que bastaria esto entónces: vaya que no sucede hoy.

Entre alegre y contento viajaria Sancho con la comitiva, quando al divisar ya el Lugar se redoblarian los golpes en su corazon. Llegáron en efecto á la Insula tan deseada, que segun dice el Autor era un Lugar de mil vecinos, y el mejor que tenia el Duque.

No bien hubo llegado á las puer-

ta de la Villa, salió el Regimiento del pueblo á recibirle, tocáron las campanas, y todos los vecinos diéron muestras de general alegría.

Lo mismo acontece en la entrada de todos los Gobernadores. Nada alborota mas á las gentes que la novedad; ni basta que hayan perdido un xefe experimentado por bueno: ¡quántas veces se hallan burlados, y reciben con palmas á quien luego maldicen! y debiendo haberse vestido de luto por el que ántes les gobernaba, en señal de sentimiento, engañados de las esperanzas de mejorar, lloran luego la mudanza. Por lo regular y general se observa que muy raras veces se hallan contentos; y mas si fuere recto y amigo de no torcer la vara de la justicia; condicion que debian preferir todos á la benignidad, condescendencia y su-

ma docilidad. Entónces es quando se esmeran en buscar zancadillas para derribarle. Desdichados de aquellos Gobernadores que por temor de las insidias que levantan contra otros, no obra con rectitud y equidad. No por eso se libran de las redes de los cabilosos y mal contentos, que nunca faltan en los pueblos, sino es que mas fácilmente caen, por el mismo hecho de ser condescendientes contra lo que exîge la recta justicia, que siempre debe reynar, para evadirse de los tiros de los enemigos.

Con ridículas ceremonias dicen que le entregáron las llaves del pueblo, y lo admitiéron perpetuo Gobernador para el pueblo de la Insula Barataria. Habiendo pasado á la Iglesia le conduxéron luego á la casa capitular, donde le asentáron en la silla del Juzgado

para que respondiese á las preguntas, que segun costumbre se hacia á todo Gobernador, á fin de que el pueblo viniese en conocimiento de la suficiencia de su Gobernador.

Consideremos ántes por un instante á Sancho sentado en la silla, creido que era de veras Gobernador: mirémosle rebosando su corazon de alegría, y por otra parte llenos sus cascos de reflexîones yentes y vinientes. Veámosle por eterna creida aquella gloria, y sin premeditar los avisos que ofrece en lo futuro la vida gubernativa. Pues lo mismo, lo mismo sucede á los verdaderos Gobernadores; se miran los primeros dias celebrados y obsequiados á lo sumo, de tal modo que aunque no quieran, no siendo muy cuerdos, deben olvidar los sinsabores que ofrece un cargo semejante. La adu-

lacion y el festejo obscurecen sus entendimientos; ¡y quántos se embriagan con los vapores de la lisonja y deseos de mas demostraciones de adoracion! Léjos de cuidar de arreglar las cosas se dexan llevar precipitadamente del torrente de las delicias que tanto recrean á los poco prevenidos, sin atender que todos aquellos perfumes, que todos los obsequios no nacen mas que de fines particulares. Es forzoso armarse los nuevos Gobernadores de todo el escudo de la razon para no caer en tan terrible scila. El que cae se pierde, y pierde al pueblo. Es preciso é indispensable empezar como Sancho: oyó que le daban Don y Señoría; no le sentó bien tan decorado título, y así dixo: yo no tengo Don, ni en todo mi linage le ha habido; Sancho Panza me llaman

á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi abuelo, y todos fuéron Panzas, sin añadiduras de Dones ni Donas, que en esta Insula debe de haber mas que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura quatro dias yo escardaré estos Dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos.

Verdaderamente en ciertos parages debia ir de Gobernador un Sancho escardador de Dones; porque si allá en la Barataria eran tantos como mosquitos, en aquellos son aún mas comunes: y lo peor es que muchos no despiertan hasta que se ven endonados; entónces les entra la vanidad, con no poco daño de la república, porque mientras les llamaban tio fulano, señor fulano, no salian de la

montera ni tenian empacho de cargar un haz de leña por enmedio de la plaza; mas á la hora que se llaman Dones ya se transfiguran, se visten queriendo parecer Dones, y por un ochavo de cominos llevan el mandadero detras, ó tal vez se avergüenzan de entrar en la tienda. ¿Véase pues si sería del caso que en las provincias de los Dones fuese á gobernar un Sancho escarmenador?

Ya que hubo dado Sancho la órden al Mayordomo con el tono imperial, dice el Autor que entráron el labrador y el sastre con el caso de las caperuzas, ciertamente caso dificultoso de resolver; y que oidas ámbas partes fué su sentencia que el labrador perdiese el paño, y el sastre las hechuras. El segundo caso fué el del viejo del báculo; y oidas tambien

ámbas partes dixo: dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester; rompióle, y halló dentro los escudos que entregó á su dueño. El tercero fué el de la muger, que tambien desempeñó haciendo entregase el ganadero á la moza la bolsa con los escudos, y que despues se los fuese á quitar; y que visto que no pudo el ganadero conseguirlo, se la pidió Sancho, y se la devolvió, diciendo á la esforzada, y no forzada: hermana si el mismo aliento y valor que habeis mostrado para defender esta bolsa, le mostrárades, y aun la mitad ménos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza; andad con Dios, y mucho de enhoramala, y no pareis en toda esta Insula ni en seis leguas á la redonda, sopena de doscientos azo-

tes: andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y envaidora.

Por lo mismo, segun el desempeño de estos tres casos, bien merecia Sancho el gobierno de la Insula, porque no puede negarse que fuéron peliagudos, y mas quando resuelve sin valerse de Asesor, ni ser necesario consultarlo con Letrado, como hacen algunos, que aunque sea un asunto que no monte el tamaño de un grano de mijo, han de dexarlo para otro dia para consultarlo, á fin de que por este medio no solo se retarden las providencias, sino que tambien sea el Asesor, si no fuere muy bien intencionado, árbitro del gobierno mas que el mismo Gobernador.

Refiere Cide Hamete, que despues del juzgado lleváron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, á donde en una gran sala estaba

puesta una real mesa, y que al entrar Sancho tocáron chirimías, y saliéron quatro pages á darle agua manos, la que recibió Sancho con gravedad, y que tomó asiento en la cabecera, porque no habia mas que aquel asiento, y no otro servicio. A su lado se puso en pie el Médico con una varilla en la mano, y que luego levantáron una riquísima tohalla, y que se descubriéron muchas frutas y varios platos de diversos manjares. Uno que parecia estudiante echó la bendicion, y un page le puso un babador randado. Presentóle el Maestresala los platos, y no bien extendia Sancho el brazo para tomar de ellos, los tocaba el Médico con la varilla, y se los quitaban de delante. Viendo esto Sancho quedó suspenso, y mirando á todos preguntó si se habia

de comer aquella comida como juego de Maesecoral. Respondió el Médico: no se ha de comer sino como es uso y costumbre en las otras Insulas: yo, señor, soy Médico, y estoy asalariado para serlo de los Gobernadores de esta, y miro por su salud mas que por la mia, y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, y dexarle comer de lo que mejor me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño. Si es así, dixo Sancho, vea el Sr. Doctor de quantos manjares hay en esta mesa, quál me hará provecho, y quál ménos daño, y déxeme comer de él sin que me apalee, porque por vida del Gobernador que me muero de hambre, y el negarme la comida ántes será quitarme la vida que aumentármela. Vuesa merced tiene ra-

zon, respondió el Médico; y así es mi parecer que Vm. no coma de aquellos conejos guisados, porque es manjar peliagudo. Y Sancho dixo: aquel platonazo me parece olla podrida. *Absit*, replicó el Médico, no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento. Todos los demas platos tuviéron un aquel por donde no podia comerlos Sancho; y visto esto, arrimándose este sobre el espaldar de la silla, y mirando de hito en hito al tal Médico, con voz grave le preguntó cómo se llamaba, y á donde habia estudiado. A lo que él respondió: yo, señor Gobernador, me llamo el Doctor Pedro Recio de mal agüero, y soy natural de un Lugar llamado Tirte-fuera, y tengo el grado de Doctor por la Universidad de Osuna. A lo qual replicó Sancho todo encendido en cólera: pues Señor

D. Pedro Recio de mal agüero, quíteseme de delante, si no voto al sol que tome un garrote, y á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar Médico en toda la Insula, á lo ménos de aquellos que yo entienda que son ignorantes, que á los sábios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza, y los honraré como á personas divinas; y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí, y si no tomaré esta silla, y se la estrellaré en la cabeza, y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar un mal Médico, verdugo de la república; y denme de comer, ó si no tómense su gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño no vale dos habas.

Ya parece que se van convenciendo los Señores, y que van cre-

yendo que son mortales, á pesar de los decantados conocimientos de la medicina y de las lisonjeras drogas y elixires de las boticas. Ya pereció aquella ridícula costumbre de que presenciase un Médico las mesas de los Señores, como si por su medio hubiesen de dexar de enfermar. No hay Médico mejor que uno mismo, ni mejor medicina que la continencia y sobriedad. Estos son los verdaderos antídotos para libertarse de muchas enfermedades.

Dixo Sancho que á los Médicos sabios, prudentes y discretos los pondría sobre su cabeza, y que los honraria como á personas divinas. ¿Y á dónde están estos? ¿podrá acaso haberlos sabios en lo que se llama medicina? es este un problema muy dificil de resolver; y vivo persuadido que quan-

to se ha escrito no puede constituir un Médico sabio. Se llamará sabio en Geometría aquella persona que posea teórica y prácticamente esta ciencia; esto es, que resuelva quanto puede proponerse sujeto á sus reglas. Con toda la ciencia médica que se ha conocido hasta hoy ¿se puede con la certidumbre que en la Geometría resolver un caso de Medicina? No por cierto, no se me dará un dato en una enfermedad, del qual se deduzca con seguridad el remedio: la experiencia lo enseña así, los mejores Médicos se engañan á cada paso, y confiesan la incertidumbre de la Medicina. Los específicos que conocen y saben propinar los mejores Médicos ¿producen siempre el efecto que se espera? No por cierto, pues vemos que administrada la quina, el be-

xuco, y el mercurio, dan siniestros efectos á los que se creen los mas expertos en su uso: luego no hay ciencia en la Medicina, luego no puede haber Médico sabio.

Se ven maravillas en algunos casos, pero tambien se experimentan, y con mas freqüencia, producidos por la naturaleza. Los mas sabios profesores dicen que el Médico no es mas que un ministro de la naturaleza. ¿Quién conoce esta? El famoso Solano de Luque, único Médico en el mundo, solo conoció un corto número de verdades, con respeto á las infinitas que le quedaban que averiguar; y no por eso le hemos de llamar sabio. Si uno por poner quatro conocimientos matemáticos; si por saber otro resolver las quarenta y siete de Euclides, ya le habiamos de condecorar con este nom-

bre, muy barato se venderia en el mundo; pero no es así, fué seguramente el mas aventajado, mas no sabio, porque no hay en la Medicina ciencia: la he estudiado con los mas sólidos principios; he leido quanto se ha escrito en Latin, Ingles, Frances y Castellano, se entiende de lo que ha llegado á mis manos, y conozco que poseo voces y pensamientos, mas no conocimientos evidentes.

He consultado á Médicos de todas gerarquías, y no hallo mas que contradiciones, opiniones y variedad. El gran Boerhave y sus comentadores, que á la verdad han escrito quanto no se hubiera creido, ¿qué beneficios han traido al linage humano? mueren los hombres, y pereciéron en sus manos con todo aquel caudal: se desgracian igualmente los que siguen su

doctrina, se equivocan, yerran, y en una palabra se ven de milagro algunos efectos favorables. Dios y la naturaleza son solos los verdaderos Médicos; y por tanto serán felices, y obrarán como sabios solo los que lleven por guia á estas fuentes de la Medicina.

Es cierto que mas han matado los Médicos y las boticas, que los que han curado. El estudio no dexará de contribuir á formar Médicos, pero el de la naturaleza; pues bien claro dice el famoso Baglivio: *medicina non in libris, sed in infirmis in venienda est.*

La Medicina no se ha de aprender en los libros, sino en los enfermos. Esta es la causa de tan corto número de Médicos sabios. A un Médico sabio, esto es, verdadero especulador y observador de la naturaleza, que no se arres-

te á mandar medicina, sin que la pida aquella, se le podrá honrar, como dice Sancho. Solo este es el camino, mas son bien raros los que tal hacen: y por último todo quanto se ha escrito no puede constituir un Médico verdaderamente tal; y puede elevarlo á un alto grado el que solo lea en el libro de la naturaleza: así lo enseña la experiencia; así lo creo, convencido de la razon y de la evidencia, y esto mismo deben creer todos.

Pasar intentaba á mayores el Doctor Pedro Recio, quando llegó el correo del Duque con la noticia que por cartas le enviaba á Sancho Panza su amo de que unos enemigos del Duque y de la Insula le habian de dar un asalto furioso una no sabida noche, y convenia velar, porque no le hallasen

desprevenido; y que tambien quatro embozados habian entrado en el Lugar para quitarle la vida, con otras cosas que no le gustáron mucho á Sancho, pues segun refiere el Historiador, quedó atónito Sancho, y ya no quisiera hallarse de Gobernador por quanto hay en el mundo. No obstante fué su primer providencia mandar que metiesen en un calabozo al Doctor Recio, á quien temia mas que á todos los enemigos, porque le quitaba la comida: luego mandó responder al Duque, encargando el lio para Teresa su muger, y un besamano á Don Quixote para que viera que era pan agradecido. No bien hubo acabado de imponer al Secretario en lo que debia contener la carta, quando le dió el Page aviso del labrador comerciante, que pedia audiencia. Extraño caso

es este, dixo entónces Sancho, de estos negociantes: ¿es posible que sean tan necios, que no echen de ver que en semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? ¿por ventura los que gobiernan, los que somos Jueces, no somos hombres de carne y hueso, y que es menester que nos dexen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? por Dios y en mi conciencia que si me dura el gobierno (que no durará, segun se me trasluce) que yo ponga en pretina á mas de un negociante. Ahora decid á ese buen hombre que entre.

No sé como Sancho aprendió las mañas de muchos Gobernadores, que se incomodan de que les vayan unos á pedir justicia, y otros á otros asuntos peculiares, siendo

así que no es otro su destino, no otra su obligacion que oir á todas horas al que necesite su auxîlio. Se levantan tarde, consumen lo mas de la mañana en peynarse, y con poco que asistan al despacho, á Dios mañana. La tarde corre la misma carrera; y así dificilmente consiguen los pobres que se les oyga. He conocido á algunos que tenian dada órden para que no se interceptase la entrada hasta el último retrete; y así nadie podia quejarse, porque fuese pobre ó fuese rico, al instante era oido y remediado: y así, si Sancho padecia del achaque de aragan, no es extraño que tan breve se incomodase.

Oyó al labrador, que era uno de los muchos que para pedir una friolera ó exponer una queja gastan un preámbulo de dos horas,

no dexan recodo ni circunstancia diminuta que exponer, y algunas veces describen hasta la genealogía de las partes, de modo que es preciso que apuren la paciencia del hombre mas flemático; y con todo no se hubiera Sancho exâsperado á no haberle pedido los seiscientos ducados; cosa que siempre suena mal, mayormente á quien no tiene, y desea: voto á tal, le dixo, Don patan, rústico y mal mirado, que si no os apartais luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza: hi de puta, bellaco, pintor del mismo demonio, ¿á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados? ¿y dónde los tengo yo, hediondo? ¿y por qué te los habia de dar aunque los tuviera, socarron y mentecato? tú no debes de ser de Miguel Turra, sino

algun socarron, que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, aun no há dia y medio que tengo el Gobierno, ¿y ya quieres que tenga seiscientos ducados?

En parte tuvo razon Sancho para incomodarse, pues despues de una hora de relacion sale con el Domingo siete de la cantidad: y deben esperar igual fin todos los que andan con preámbulos y rodeos, y que no dicen lisa y llanamente el asunto que traen con sus Gobernadores.

Enojado y mohino Sancho con el labrador dixo algunas razones tan bien dichas y á tiempo, que todos los que le conocian se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabian á qué atribuirlo, sino á que los oficios y cargos graves adoban ó entorpecen los

entendimientos. Esto dice el Autor, pero yo me atengo á que el que no tiene luces no las adquiere por mas oficios que le echen encima.

Visto por el Médico Recio que Sancho no las tenia todas de guardar, le ofreció darle de cenar, y en efecto le sirviéron un salpicon de vaca con cebolla, y unas manos de ternera, con que remedió su gran necesidad: ya contento como unas Pasquas habló con otro tono al Doctor Recio, y le dixo que no curase mas de tocarle con la vara, que se las pagaria; y añadió: no se burle nadie conmigo, porque ó somos ó no somos: yo gobernaré esta Insula sin perdonar derecho ni llevar cohecho; y todo el mundo trayga el ojo alerta, porque les hago saber que el diablo está en cantillana, y que si me dan ocasion han de ver maravi-

llas; no, si no haceos de miel, y comeros han moscas. Supo Sancho hacerse respetar, y hubiera logrado hacerse temer de los malos, y amar de los buenos. No hay como proceder en justicia y equidad, de tal modo que ni se haga el Gobernador todo miel, ni todo hiel.

Vamos á rondar, dixo Sancho, que es mi intencion limpiar esta Insula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana y malentretenida, porque quiero que sepais, amigos, que la gente valdía y perezosa es en la república lo mismo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer á los labradores, guardar su preeminencia á los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo tener

respeto á la Religion y á la honra de los Religiosos. ¿Qué os parece de esto, amigo?

¿Quién pudiera pensar que Sancho habia de tener tan sublimes pensamientos? verdaderamente mas altos fines no podria tener el mejor Gobernador. No hay cosa mas útil en una república que el tenerla limpia de zánganos y de vagos. En ella reynará la paz y la seguridad, lo que no acontecerá donde se paseen con abundancia. La quietud de un pueblo depende de este principio, y en faltando, nada está seguro. El designio de proteger á los labradores ¿no es un objeto el mas digno de atencion? debe ser el objeto de todo el que gobierna. Estos son los que llenan los pueblos de abundancia, y desvalidos ó perseguidos directa ó indirectamente, llenan de escaseces

á la república; desde luego era Sancho acreedor á gobernar un Reyno; con razon le dixo el Mayordomo: dice Vm. tanto, Señor Gobernador, que estoy admirado de que un hombre tan sin letras diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos. El respeto á la Religion es sin duda alguna la basa fundamental de la felicidad de los pueblos; faltando este, todo falta; ni se ve resplandecer la virtud, ni ménos se puede esperar la menor felicidad. Todo lo bueno se desploma, y no se puede esperar mas que la maldad; no es factible que obedezcan á los padres los hijos, los vasallos á los Soberanos, y los menores á los mayores. Ni la vida ni los caudales pueden estar seguros, porque no alcanzan las leyes á lo que la Religion. Desdicha-

da república aquella en que no se mira con singular aprecio la Religion, aquella en que no se observan sus santas leyes. No hay mal que no deba esperarse; y por el contrario nada debe temerse donde reyne el exercicio de las máxîmas de la Religion. ¡Ha Sancho, Sancho! Gobernador de burlas sí, pero tus maxîmas son para los verdaderos Gobernadores. Este, y no otro, es el camino de la felicidad; y en fin con tales escudos no puede temer el que gobierna. Decia muy bien el Mayordomo: cada dia se ven en el mundo cosas nuevas, las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados. Estos efectos produce la buena intencion en un Gobernador por limitado que sea. No hay duda que Dios favorece sus intenciones, y que se encarga de suplir

las luces que faltan. Buen exemplo para que aprendan los Gobernadores á ser felices, y á tener acierto en sus determinaciones. Así Sancho en los tres casos que se le presentáron en la ronda obró no como un lego que era, sino como podria resolver el mejor Letrado, especialmente la de la pendencia, pues hizo que el ganador le diese cien reales al que pedia el barato, pero para que saliese de la Insula, y no volviese mas, sin haberle valido el haber sido distinguido: circunstancia que no debe estorbar para que siendo zánganos inútiles, sean desterrados de la república, como miembros muertos, perniciosos, y que corrompen á los demas.

Dice el Historiador que determináron los Duques enviar un mensajero para llevar las cartas á Teresa Panza; que en efecto las reci-

bió, é hizo leer, y fué indecible su alegría y la de Sanchica; pero que fué mas la confusion que causó al Cura, al Barbero y al Bachiller. Admiraba Teresa la llaneza de la Duquesa, y declamaba contra las Señoras de la aldea, que se desdeñaban de tratarse con las labradoras; y en verdad que la sobraba razon, porque no desmerecen en nada á las mismas Princesas. Seducida de los finos corales, y del vestido de paño fino, se creia ya Gobernadora, y formaba multitud de castillos en Flandes. No queria pasearse á pie, sino en coche, y asimismo proyectaba cosas tan altas como distante estaba su marido de ser Gobernador. Sin embargo que á la primera entrada del page, quando puesto de hinojos ante la Señora Teresa, la dixo: deme Vm. sus manos, mi Señora

Doña Teresa, respondió Teresa: ¡ay Señor mio! quíteseme de ahí, no haga esto, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripa-terrones, y muger de un Escudero Andante, y no de Gobernador alguno.

Es una propiedad innata del sexô; y tambien le es natural á las hijas de meter en trote á las madres, mas que estas no lo piensen. Empezó Sanchica á preguntar: dígame, Señor, ¿mi señor padre trae por ventura calzas atacadas despues que es Gobernador? ¡ay Dios mio! ¡qué será ver á mi padre con pedorreras: ¡no es bueno sino que desde que nací tengo de ver á mi padre con calzas atacadas! Con esto ya Teresa trataba de mandar á Madrid ó á Toledo por un verdugado, y decia: en verdad en verdad que tengo de honrar á mi

marido y al gobierno en quanto yo pudiere, y aun me tengo yo de ir á esa Corte, y echar un coche, que la que tiene marido Gobernador muy bien le puede traer. Y como, madre, dixo Sanchica, pluguiese á Dios que fuese ántes hoy que mañana, aunque dixesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: mirad la tal por qual, hija de aquel harto de ajos, y como va sentada en aquel coche como si fuera una Papesa; pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche levantados los pies del suelo; y mal año y mal mes para quantos murmuradores hay en el mundo; ándeme yo caliente, y riase la gente. ¿Digo bien, madre mia? y como que dices bien, dixo Teresa. Así suavemente se iba subiendo de punta la muger de Sancho.

Por estos, ó iguales medios meten en bulla las hijas á las madres, de modo que es de admirar el ver muchas veces trastornadas muchas Señoras solo por los vanos pensamientos de sus hijas. De esta naturaleza presencié un paso el año pasado. Deciale una señorita á su madre: yo no sé en qué piensa Vm., que no sirve que tengamos alguna cosa si nunca sale Vm. de vestir con miseria: ¿por qué no le dice Vm. á padre que nos vista algo señoras, á lo ménos como la muger de Don Julian el Médico, que no tiene tanto como nosotras? entónces verá Vm. como yo tengo tambien cortejos que me pretendan y acompañen como la hija del Doctor, y no que de esta manera nunca hará caso nadie de nosotras. Dices bien, respondió la madre santamente, ya se lo he dicho mil

veces á tu padre, pero él no quiere salir de la capa y de la montera despilfarrado, barbon, y hecho un fregonazo. Pero, madre, dígale Vm. que nos vista á nosotras, mas que él se mantenga en sus tres. Bien, hija, veré si puedo convencerle; y de no, le hablaré á mi compadre Fray Antonio, su amigo, para que sirva de empeño. Esto es lo que sucede cada dia, y lo que hace á muchas madres trastavillar; y esto mismo es lo que obliga á muchos padres á que empiecen á dar gusto á sus hijas empezando por poco, y acabando por mucho, engañados de que por este medio hallarán ellas una fortuna tan loca como su capricho. No debe ser así, padre é hijos han de vestir con relacion á sus haberes, y al estado y condicion en que se hallan: léjos de haber muchos con-

seguido hacer felices á sus hijas, las han malogrado, y por tanto no deben dexarse llevar de sus ruegos ni de las ventoleras de sus mugeres; esto es, para lo que sea excederse de su estado y condicion.

Acababa de comer Sancho, aunque contra todos los aforismos del malvado Don Recio, quando recibió una carta de su amo Don Quixote, y respondió incontinente, como se puede ver en la Historia. Aquella tarde dictó el bando del buen gobierno, y creó un Alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los exâminase. Entre todas las constituciones que estableció, ninguna me parece mas aparente que esta; y á la verdad debia haber en todos los pueblos uno que los exâminase con toda prolixidad, y que ademas se

le encargase la inspeccion de todo sugeto que no trabajase en dia que no sea festivo, porque tanto mas perjudiciales son los araganes que los mendigos, que si no tienen justo motivo para vivir de la limosna, á lo ménos lo aparentan, sin que por esto dexen de ser castigados severamente los que con pretextos solo aparentes engañan al mundo.

LA MORAL

De la aventura con que dió fin el gobierno de Sancho Panza.

Dice el Autor que estando el Gobernador Sancho la séptima noche de los dias de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas,

quando el sueño, á despecho y pesar de la hambre, le comenzaba á cerrar los ojos, oyó tan gran ruido de campanas y voces, que no parecia sino que toda la Insula se hundia; y que añadiéndose á esto el sonido de trompetas y atambores, y las voces de arma, arma, Señor Gobernador, arma que han entrado infinitos enemigos en la Insula, somos perdidos si vuestra industria y valor no nos socorre; se levantó de la cama espantado, y sin vestirse salió al corredor, donde creció mas su espanto viendo una multitud de gentes con hachas encendidas, que eran las mismas que con tan espantosas voces decian : al arma, ármese luego V. S. si no quiere perderse. ¿Qué tengo de armar? dice que respondió Sancho, ni qué sé yo de armas ni de socorros? Armese Vm., dixo

otro, pues le toca de derecho. Armenme norabuena dixo Sancho. A esto, sin esperar que se vistiera, le encajáron un pavés por delante, y otro por detras, le liáron muy bien con unos cordeles hasta que quedó entablado, sin poder doblar las rodillas, ni dar un solo paso. Dice tambien que le pusiéron en la mano una lanza, y que le dixéron que caminase, y los guiase, que siendo su norte, su linterna y lucero tendrian buen fin sus negocios. No podia caminar, y por tanto pidió que le llevasen en brazos, y que lo pusiesen en un postigo. A esto le dixo otro: ande, Señor Gobernador, que mas le impide el miedo que las tablas. Avergonzado quiso andar, y lo que hizo fué caer, y tendido en el suelo quedó como galápago. Entónces, apagando las antorchas, armáron tal cor-

reria que pasando por cima del Gobernador le dexáron semimuerto. Tan estropeado y afligido se hallaba Sancho, que decia entre sí: ¡ó si mi Señor fuese servido que se acabase de perder esta Insula, y me viese yo ó muerto ó fuera de esta grande angustia! Oyó el cielo su peticion, pues oyó voces que decian: victoria, victoria, Señor Gobernador, venga á repartir los despojos: levantáronle, y lo primero que pidió fué un poco de vino; le desliáron los paveses, y se desmayó. Vuelto en sí preguntó qué hora era, y le respondiéron que ya amanecia; y sin decir palabra se vistió, fué á la caballeriza, y llegando al Rucio le abrazó, besó, y con lágrimas le dixo: venid vos acá, compañero mio, amigo y conllevador de mis trabajos y miserias; quando yo me

avenia con vos, y no tenia mas pensamiento que remendar vuestros aparejos, y sustentar vuestro cuerpezuelo, dichosas eran mis horas, mis dias y mis años; pero despues que os dexé, y me subí sobre las torres de la ambicion y de la soberbia, se me han entrado por el alma mil miserias, mil trabajos, y quatro mil desasosiegos.

Admirable exemplo es este para tantos ambiciosos como andan por el mundo, que podrian estar en sus casas tranquilos y sosegados, y por la sed insaciable de empleos y mandos se ven luego lo mismo ó peor que Sancho. Por lo general en esto viene á parar la ambicion; es tan voraz esta pasion, que ciega de tal modo á los hombres, que les obliga á hacer cosas que bien meditadas no caben en comparacion. No es creible los estragos

que ocasiona. Por fin el miserable Sancho no se valió de ninguno de los muchos resortes de que se suelen valer los demas ambiciosos. No contribuyó en perder á nadie, en deshonrar á persona, ni en infamar á otros Gobernadores para colocarse él. Tampoco sobornó ni pensó quitar á nadie la vida, ni ménos armó redes para precipitar á otros. No se valió de la lisonja, de la adulacion, ni de otro medio indigno de los que se ven, ni tuvo fines tan malos que pudieran haberle acarreado tantos trabajos, ni un fin tan pesado. Pues si con unas miras tan justas y tan sublimes se vió como se ha leido, solo por haber pretendido elevarse sobre su humilde condicion, ¿qué ha de suceder á los que no perdonan resorte, por malo é inhumano que sea, para destronar á otros, y sentarse

ellos? Es imposible que la Providencia se contente con solo este castigo; es indispensable que sea igual á los medios de que se han valido, y á los perversos objetos que les han precipitado. No puede ménos de acontecer como se ha dicho: así vemos á muchos desplomarse del mas alto escalon, y caer precipitadamente en un abismo de desdichas, solo porque la perversa ambicion les ha conducido á tan sublime altura para que diesen mayor estallido. Del mismo modo que aquellos que ascienden por el mérito no los conmueven ni trastornan los mas furiosos uracanes, asimismo los que consiguen por medios iniquos, al menor contratiempo se ven derribados. Decia Sancho escarmentado: yo no nací para ser Gobernador; mejor se me entiende á mí de arar, cavar, po-

dar y sarmentar las viñas, que de dar leyes, ni defender Provincias y Reynos: bien se está cada uno en el oficio para que fué nacido; mas quiero hartarme de gazpachos, que acostarme hambriento con los cuidados de Gobernador. Escarmentó Sancho en su cabeza, porque tal vez no habia experimentado cosa en otra; pero los ambiciosos del dia no tienen disculpa; no ignoran que el mérito ha de traer los ascensos, y no los ardides de la ambicion: las historias están llenas de exemplos, que debian contener á todo racional; mas no las leen, ó se embriagan con sus desordenados deseos. No son estas burlas para dos veces, dixo Sancho; quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantáron en el ayre para que me comiesen vencejos; y vol-

vamos á andar por el suelo con pies llanos, que si no los adornaren zapatos de cordoban, no faltarán alpargatas: cada oveja con su pareja; y nadie tienda mas la pierna de quanto fuere larga la sábana.

Por mas que le rogaban los Insulanos que no se fuese Sancho, no entendió de plegarias, pues se montó en su Rucio, y se puso en camino para la morada del Duque. Si el encuentro de los peregrinos felicitó en algun modo su suerte, pues comió y bebió muy á su agrado, no obstante el tiempo que pasó entre aquella gente le ocasionó que llegase de noche á las inmediaciones de la casa del Duque, y que con su jumento cayese en la sima, de donde no creyó jamas salir; y de donde al otro dia vino á salir ayudado de su amo Don Quixote. Bien dice el adagio: *bien*

vienes mal si vienes solo; pues detras de tantos trabajos como pasó Sancho en el gobierno, tuvo el infortunio de la caida, con la que se halló en casa del Duque: concisamente refirió las aventuras de su gobierno, y volvió contento al abrigo de su amo Don Quixote.

LA MORAL

De la despedida de Sancho de los Señores Duques, y de lo restante de la Historia.

Determinó Don Quixote dexar los regalos y ociosidad de la casa de los Señores Duques; despidióse de ellos atenta y cortesmente, y la Duquesa entregó á Sancho las cartas de su muger. Al verse este con ellas en las manos, lloroso y triste decia: ¿quién pensara que espe-

ranzas tan grandes como las que en el pecho de mi muger Teresa Panza engendráron las nuevas de mi gobierno, habian de parar en volverme yo ahora á las atrasadas aventuras de mi amo Don Quixote? Con todo eso me contento de ver que mi Teresa correspondió como quien es enviando las vellotas á la Duquesa, que á no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara desagradecida: lo que me consuela es que a esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho. Esto y otras cosas decia entre sí, todas dirigidas á hacer memoria de la inconstancia de las cosas de este mundo, de los desempeños que ofrecia á cada paso, pues lo que es hoy, no es mañana, y no hay cosa que no corra presurosa para su destruccion. Alegrábale en parte el verse libre de

los sinsabores del gobierno, y entristeciale el considerar muertas las esperanzas de su amada Teresa y de su querida hija Sanchica. Amargábale dexar las sabrosas y abundantes comidas de la casa de los Señores Duques, y mucho mas el esperar aventuras nada felices y muy desgraciadas; como así sucedió, pues bien breve quedó molido Sancho por los toros de xarama, que no quiso temer D. Quixote, y no pudo evitar Sancho; y luego en las galeras, en donde tambien se creyó que era la última aventura. Todo esto, con la desgracia de su amo, que fué vencido por el Caballero de la Blanca Luna, consternó de tal manera á Sancho, que ya desengañado deseaba llegar de vuelta á su casa para no ser mas Escudero ni Gobernador, entregándose de nuevo al primitivo des-

tino de guardar cabras, ó trabajar en el campo. La aventura de los Marranos, la tragedia de la última estada en casa de los Duques, especialmente los alfilerazos, pellizcos y mamonas, y por último la triste entrada en su Lugar, borraban de su memoria los dias venturosos que tuvo en los tiempos que andubo de Escudero, y le recordaban sin cesar los manteados, los golpes, y demas desdichas que pasó en los viages. Coronó la determinacion de Sancho la enfermedad y muerte de su amado Don Quixote, pues habiéndose arraygado en su corazon el pesar y sentimiento que le causó la pérdida de un amo tan bueno, de una melancolía fuerte hubiera tambien perecido, á no llamarle la necesidad á la labor del campo, con la que olvidaba su triste é infeliz suerte; pues

no hay mejor medio para desechar las tristezas y pensamientos melancólicos, que la ocupacion: el que vive ocioso, perseguido como Sancho de desdichas, es forzoso que perezca al rigor de los pesares, que crecen á medida que se alimentan con las cabilaciones. Cansado Sancho, apetecia el lecho para dormir: con esto, y el trabajo continuado, sobrevivió á su amo, que amaba tan sobre manera, que ningun otro remedio le hubiera libertado de seguir el mismo camino. No sé cómo sobrevivió á aquel famoso Caballero, mayormente cómo no murió de pesar el dia que se despidió de él con estas palabras: perdóname, amigo, de la ocasion que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que he caido de que hubo y hay Caballeros Andantes en el

mundo. Ay, respondió Sancho llorando, no se muera Vm., Señor mio, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre es morirse sin mas ni mas, sin que nadie le mate ni otras manos que las de la melancolía: mire, no sea perezoso, sino levántese de esa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos á la Señora Dulcinea desencantada, que no hay mas que ver. Si es que se muere de pensar de verse vencido, écheme á mí la culpa diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribáron; quanto mas que Vm. habrá visto en sus libros de caballería ser cosa ordinaria derribarse unos Caballeros á otros; y el que es vencido hoy, ser vencedor ma-

ñana. No podia ser ménos; dolorosísima debió de ser la muerte de Alonso el Bueno á Sancho; y por mas que da á entender el Autor que se alegraba ó regocijaba Sancho, porque esto de heredar borra ó templa en el heredero la memoria de la pena que es razon que dexe el muerto, yo no puedo creerlo. Son tales las bellas circunstancias de Sancho, que no dexan lugar para que tal sucediera, aunque le hubiese dexado un mundo. Aunque pobre, era sumamente agradecido; y aunque manifestó que era algo codicioso, no obstante no lo era acerca de su amo, pues jamas se pringó en un ochavo, á pesar de ser el depositario de lo poco que llevaba en su poder Don Quixote: le amaba en extremo, y con un amor sencillo y sin doblez ni reves, como asimis-

mo sin el interes que hoy dia anima á los demas Escuderos. Un amor sólido no desarrayga tan fácilmente, ni es bastante una larga vida para enfriarle; por tanto el recuerdo que de él hizo Don Quixote, ó por mejor decirlo, Alonso el Bueno, no pudo, como dice el Historiador, ser motivo porque minorase su sentimiento. Esto se queda solo para los que aman por interes, no con un amor radicado, como le amaba Sancho.

En todas ocasiones se manifestó Sancho puro, íntegro é imparcial. Sí exîgia su salario, como era justo, pues tenia muger é hijos; sí se alegró de los pollinos, pero porque fué una donacion gratuita y libre de su amo, independiente de todo artificio, pues era acreedor por sus servicios á mucho mas. El conjunto de circuns-

tancias que ennoblecian á Sancho encendia en el corazon de Don Quixote aquellos fervorosos deseos de hacerle Gobernador, Duque ó Conde. Tanto como esto ganó Sancho, y ganaran todos los Escuderos que sirviesen como este á sus Señores. Toda la Historia es un crisol de los mejores criados; es un verdadero testimonio de las virtudes de Sancho, y en fin un modelo digno de que le imiten todos los que sirven. Tampoco la pintura de un Escudero como Sancho excede á los límites de una ficcion, pero no por esto dexa de ser una serie continuada de lecciones utilísimas á todo Escudero, y aun á los que no lo fueren. Produxo en su tiempo unos efectos maravillosos la Historia de Don Quixote y Sancho: si en aquella época eran tan interesantes que para el mismo fin

la escribió el sin igual Cervantes, en esta mas corrompida debe de hacerlos mayores. Con este fin escribo yo su Moral; oxalá que ya que no tiene mi trabajo el atractivo del sabio Cervantes, que á lo ménos consiga el beneficio que me ha movido á escribirla.

Ó qué bien dixo el Autor de la Historia del famoso Hidalgo de la Mancha, y el sin igual Escudero Sancho: *para mi sola*, hablaba con la pluma, *nació Don Quixote*, y *yo para él: él supo obrar*, y *yo escribir*. No podré yo decir tanto de la mia, porque conozco que verdaderamente no era carga de mis hombros. No obstante los buenos deseos que tenia Sancho de acertar en las decisiones que se ofreciéron en su gobierno, se viéron satisfechos, con todo de tener cada letra como brocal de pozo: en ello

se echa de ver que Dios suple lo que le falta al buen intencionado, y por tanto espero que tambien me habrá suplido á mí, y que asimismo producirá los efectos que produxo la Historia sin moralizar. Estos son mis deseos; así lo espero, y aquí concluye la Moral de Sancho.

EN LA LIBRERIA DE CERRO, calle de Cedaceros, y en su puesto calle de Alcalá, se hallan los Libros siguientes.

En quarto.

Comentarios de la Guerra de España, é Historia de su Rey Felipe V el Animoso, por el Marques de S. Felipe, dos tomos, en pergamino á rs.	22
En pasta	28
Obras de Cayo Veleyo Patérculo, traduccion del mismo, á la rústica	14
En pasta	18
El Panegírico de Plinio en castellano, traducido por Don Francisco de Barreda, á la rústica	14
En pasta	18
Tratado de epidemias malignas y enfermedades particulares de los exércitos, en pergamino	8
A la rústica	6
Arte de Reposteria, en pergamino	8
Coleccion de las mejores Comedias nuevas que se han representado en los Teatros de esta Corte, tres tomos, que comprehenden las representadas en el año de 1789, 90, 91 y 92, en pasta cada uno á	20
En pergamino	16
A la rústica	15
Arbiol Familia regulada, en pergamino	11
En pasta	15

Dia grande de Navarra, por el P. Isla, á la rústica 6

Disertacion físico-legal de los sitios y parages que se deben destinar para las sepulturas, que dedica á los interesados de la salud pública, verdaderos amigos de la patria, el Doctor Don Francisco Fernandez, á la rústica 8

Venegasi, Poesias Líricas y Jocoserias, en pergamino 10

Destierro de ignorancias y aviso de penitentes, primera y segunda parte, en pergamino 10

David perseguido y alivio de lastimados, Historia Sagrada con exemplos y varias historias humanas y divinas, tres tomos, en pergamino 34

Historia Geográfica, Civil y Política de la Isla de S. Juan Bautista de Puerto Rico, en pasta 18

Sueños de Don Diego de Torres, en pasta 14

En pergamino 10

El Por qué de las ceremonias de la Iglesia, en pasta 18

En pergamino 15

Historia Natural ó demostracion de las causas naturales y sus efectos mas prodigiosos, con otras observaciones sobre los signos y constelaciones celestes, á la rústica 6

Demostracion y discurso sobre el fomento de la industria popular en la Ciudad de

Salamanca, con los planes que manifiestan su estado, cuerpos políticos, hacendados, fábricas y oficios, á la rústica 6

Ciceron de Oficios en Castellano, en pergamino 14

En pasta 18

Arte de Cantollano de Romero, en pergamino 14

En pasta 18

Navas, Arte de Cantollano aumentado, en pergamino 16

En pasta 20

En octavo.

Coleccion de Novelas escogidas compuestas por los mejores Autores Españoles, ocho tomos, en pasta cada uno á 10

En pergamino 8

A la rústica 7

Juguetes de la niñez y travesuras del ingenio, de Don Francisco de Quevedo, obras de mucha diversion y de instruccion, en pergamino 6

En pasta 8

Ocupaciones Santas de Quaresma para todos los Christianos en opúsculos devotos, sacados de varios libros espirituales para utilidad de los fieles. Añadidas en esta quarta impresion Oraciones para la confesion y comunion, afectos dulces, y amorosas jaculatorias para despertar los deseos de recibir al Señor Sacramenta-

do, devoto exercicio para visitar los Sagrarios el Jueves y Viernes Santo en piadosas meditaciones de la Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo, á peticion de los RR. PP. Capuchinos de la Ciudad de la Havana, en pasta 5

Carta dirigida á un amigo en que se le da razon de los libros de que debe instruirse, no solo un poeta, sino qualquiera que aspire á una erudicion universal, en pasta 4

Entretenimiento de los niños, con instrucciones para la juventud, en forma de diálogo, con varias cartas en frances y español, á la rústica 5

Historia del Gran Teodosio, traducida por el P. Isla, dos tomos, en pergamino 10

En pasta 14

Obras escogidas de D. Francisco de Quevedo, quatro tomos, en pergamino 21

En pasta 26

Valero, Carta Pastoral, en pergamino 4

En pasta 6

El padre de familias brevemente instruido en sus muchas obligaciones: por el P. Sanchez, de la Compañía de Jesus, en pergamino 6

En pasta 8

Fábulas de Hisopo en romance, en pergamino 5

En pasta 7

Bertoldo y Bertoldino, historia graciosa,

en pergamino 8
En pasta 10
Semana Santa, traducida al castellano con estampas, en pasta 14
Octava del Corpus en castellano con láminas, en pasta 14
Asistencia de los Fieles el dia de la Ascension del Señor á la Misa de hora; contiene la Misa y Nona traducidas, con estampas, en pasta 5
Historia del Reyno de Argel, su gobierno, fuerzas de mar y tierra, sus rentas, policía, justicia y comercio, en marquilla con láminas, en pergamino 12
En pasta 15
Panegírico que á imitacion del de Plinio dirige á nuestro muy Augusto Monarca D. Cárlos IV. (que Dios guarde) el mas humilde de sus vasallos D. Pedro Gatell, en marquilla, con los retratos de ámbas Magestades, á la rústica 4
Nacimiento, vida, prision y muerte de Don Rodrigo Calderon, Marques de Siete-Iglesias, Conde de la Oliva: dala á luz D. Antonio Valladares de Sotomayor, en pasta 6
Ordinario de la Santa Misa, con el compendio de la fe, el exercicio cotidiano, y algunas oraciones para recibir dignamente los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, traducido por Don Francisco de Escartin, en pasta 6

Arte de servir á Dios, compuesto por el R. P. Fr. Alonso de Madrid, puesto en mejor estilo por el célebre Ambrosio de Morales Cronista del Rey D. Felipe II, añadidos al fin los avisos espirituales de Sta. Teresa de Jesus á sus Religiosas; y asimismo la Epístola de S. Bernardo de la perfeccion de la vida espiritual, en pergamino 6

En pasta 8

Compendio histórico de las Grandezas de la Coronada Villa de Madrid, Corte de la Monarquía de España, por D. Joseph Alvarez, con su plano de Madrid, en pergamino 8

En pasta 10

El Espíritu de S. Francisco de Sales, Obispo y Príncipe de Ginebra, traducido del Frances por D. Sebastian de Jocano y Modaria, dos tomos, en pergamino 16

En pasta 20

Oficio Parvo de nuestra Señora, puesto en paráfrasis castellana, en pasta 8

Oficio de Difuntos en castellano, en pasta 7

Practica de los exercicios espirituales de San Ignacio de Loyola: por el P. Pedro Tomas Torrubia, de la Compañía de Jesus, dos tomos, en pergamino 14

Centinela contra Framasones, discurso sobre su orígen, instituto, secreto &c. á la rústica 4







